

# Oerba

## REVISTA MENSUAL

CIENCIA :: ARTE :: SOCIOLOGÍA

DELEGACIONES  
EN TODA ESPAÑA  
Y AMÉRICA

Redacción y Administración  
Anselmo Cifuentes, 10

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un trimestre.. 3,00 Ptas.  
Un semestre.. 5,50 —  
Un año..... 10,00 —

### SUMARIO

B. Cabrera..... *Investigación del mundo molecular.*

Pierre Picon..... *Huéspedes de España: Giraudoux y Cocteau.*

Gorvel..... *Retrato de Jean Giraudoux.*

Picasso..... *Retrato de Jean Cocteau.*

Leopoldo Alas.-Clarín..... { *La España del siglo XIX. Al-*  
calá Galiano. (Continuación).

Félix Urabayen..... *Retratos Vascos. Iparraguirre.*

María Enriqueta..... *Composiciones poéticas.*

M. Núñez de Arenas..... *Héroe o traidor, según conviene a S. M.*

Víctor Serge..... { *La vida intelectual en Rusia. ¿Es*  
*posible una literatura proletaria?*

REDACCIÓN..... { *Problemas de juventud.-- Creación de focos*  
*culturales como único medio de salvación.*

LIBROS.—Angel Dotor: *El misterio de su muerte...*, por María Enriqueta.

Paulino Vigón: *El derecho obrero en la colonización española*, por Carmelo

Viñas Mey.—Eugenio Domingo: *La raza cósmica*, por José Vasconcelos.

# INVESTIGACION DEL MUNDO MOLECULAR

El dominio de nuestros sentidos, aun provistos de la ayuda de los instrumentos que aumentan su potencia perceptiva, resulta de una estrechez asfixiante cuando se compara con la capacidad de la inteligencia para conocer la realidad que nos envuelve, en su mayor parte fuera de los límites de dicho dominio.

Frente a este desbordamiento del saber fuera del alcance de los medios de percepción directa de que disponemos, se plantea el problema de la posibilidad del conocimiento. ¿Cómo ha saltado la inteligencia por encima de lo que parece barrera opuesta por la propia Naturaleza a nuestra curiosidad? El éxito es el fruto de una labor lenta de extensión del campo de nuestra actividad mental, rechazando progresivamente las fronteras de la ciencia.

No hace muchos siglos que una gota de agua o un grano de arena eran considerados, tanto por los hombres de ciencia como por los ignorantes, cual porciones homogéneas de materia, de las cuales podía afirmarse poco más que su propia existencia; y las estrellas eran puntos luminosos, que pronto supusimos otros tantos soles, sin más relación entre ellas que la resultante de atribuir sentido más o menos alegórico a las constelaciones.

El invento del microscopio y del antejo permitieron el primer ensanche de nuestros dominios intelectuales. Uno y otro fueron ventanas abiertas en sus fronteras por las cuales pudo contemplarse el mundo exterior. Se descubrió que la gota de agua a que me refería más arriba, no obstante su pequeñez, es todo un mundo para multitud de seres vivientes, que llamamos microbios, y además contiene con frecuencia un gran número de partículas pequeñísimas dotadas de un movimiento de agitación incesante, que llamamos browniano en honor del botánico Brown que lo descubrió. Basta iluminar la gota líquida normalmente a la dirección en que se le mira, para que dichas partículas se manifiesten como puntos brillantes, dando al campo del microscopio el aspecto de un cie-

lo cubierto de estrellas que se agitan, apagan y encienden con el más absoluto desorden. Por su parte, el antejo astronómico nos hizo conocer muchos más astros de los que podemos ver sin su auxilio; y además ha permitido descubrir verdaderos sistemas naturales de estrellas, que nada tienen de común con las constelaciones arbitrarias a que aludía antes.

Pero no basta asomarse al ocular de estos aparatos para comprender la realidad que se nos ofrece. Pasa aquí lo mismo, y por iguales razones, que al contemplar por vez primera, desde una ventana, las grandes calles y plazas de una ciudad populosa. Las impresiones recibidas no tienen nada de común con las que produce el mismo espectáculo cuando la vida de la ciudad ha llegado a sernos familiar. Y es que la inteligencia carece de preparación e ignoramos el sentido de muchos de los sucesos que acontecen a nuestra vista.

¿Quién no ha mirado alguna vez una preparación histológica o bacteriológica sin comprender el entusiasmo del especialista ante el complejo dibujo que se ofrece a su contemplación? De análoga manera el sentimiento de admiración y extrañeza que despierta el movimiento browniano en quien le ve por vez primera y sin preparación, no significa que vislumbre siquiera los importantes corolarios que se deducen de su estudio. Si del microscopio pasamos al antejo que apunta a cualquier lugar del cielo, ningún profano comprende cómo del espectáculo de quietud y reposo absolutos que ofrece el campo estrellado del instrumento, han podido obtener los astrónomos la descripción del proceso evolutivo de los astros, y de los fenómenos que ocurren en su seno.

Es que el observador necesita hallarse pertrechado con el conocimiento de las leyes naturales aprendidas en un mundo más inmediato, y convencido de que su dominio de validez se extiende más allá de los fenómenos en que fueron descubiertas. Y hablo del conocimiento, no de la prueba, porque esta última no se logra hasta que se han explica-

do con su auxilio los nuevos fenómenos percibidos; de modo que las referidas leyes sólo resultan probadas cuando dejan de ser instrumentos útiles para la investigación.

Concretando más, el arma con que la inteligencia penetra en los mundos vedados a nuestros sentidos es la Dinámica, que Galileo y Newton fundaron por la observación del movimiento de los cuerpos que nos rodean. Sus principios y leyes, bien confirmadas en este caso, se extienden a las partículas causantes del fenómeno que llamamos movimiento browniano, y también a la agitación de las moléculas y átomos de los cuerpos de dimensiones mucho menores.

Es bien sabido, que desde la época de los filósofos griegos, un gran número de pensadores encuentra la interpretación más clara de los fenómenos observables imaginando los cuerpos constituidos por un conjunto de partículas independientes, tan pequeñas que quedan muy por bajo del límite de penetración de los instrumentos más poderosos: tales son las moléculas. Cuando se trata de un gas, la única limitación a la libertad del movimiento de cada molécula se encuentra en sus choques mutuos, o con las paredes de la vasija en que se halle contenido. Los primeros determinan una ley de distribución de la velocidad entre las diferentes moléculas, ley que fija el número de las que poseen cada valor definido de aquélla. Su descubrimiento lo hizo la Dinámica siguiendo un razonamiento riguroso, pero más tarde ha obtenido confirmación plena por el estudio del movimiento browniano, pues las partículas ultramicroscópicas que vemos como puntos brillantes en el campo del microscopio son a manera de moléculas gigantes que participan de su misma agitación, con igual energía media que regula la temperatura. La visibilidad es una propiedad secundaria consecuencia del tamaño de la partícula en relación con las condiciones de nuestro órgano visual.

Los choques con las paredes engendran la presión del gas asequible a la medida. Por este camino se logra una de las pruebas más directas de la teoría molecular, pues de sus hipótesis fundamentales se deduce mediante el razonamiento la ley que liga aquella presión con la masa del gas y su temperatura. La experiencia confirma en sus más mínimos detalles las predicciones teóricas, y con ello queda afirmada la realidad de las moléculas, y se justifica la aplicación a ellas de la misma dinámica que rige los movimientos de los cuerpos a nuestro alcance.

Apenas es necesario decir que el pensamiento de los filósofos griegos ha sido superado. El atomismo actual no se limita a declarar la existencia de partículas aisladas y

homogéneas, cuyas características especiales explican la diferente naturaleza de los cuerpos; llega a expresar cuantitativamente algunas de dichas características. En primer lugar, sabemos que un centímetro cúbico de un gas contiene  $2,7 \times 10^{19}$  moléculas, cuando la presión es la ejercida por nuestra atmósfera sobre el nivel del mar, en un lugar a  $45^\circ$  de latitud norte, y a la temperatura de  $0^\circ$ . Este número, llamado de Loschmidt, no depende de la naturaleza del gas. Entonces, sin más que dividir lo que pesa el centímetro cúbico de cada uno por dicho número, se tienen los pesos de las moléculas respectivas. Por ejemplo, la de oxígeno tiene una masa de  $38,2 \times 10^{-24}$  gramos y la del gas carbónico  $73 \times 10^{-24}$  gramos. En segundo lugar, se consigue también determinar el número de choques que se producen en un centímetro cúbico durante un segundo de tiempo, supuesta la misma presión y temperatura especificada antes. Este número se eleva a  $2,4 \times 10^{29}$ , cada dos de los cuales limitan una trayectoria libre de la molécula, de longitud media igual a  $10^{-5}$  centímetros, recorrida con una velocidad que es del orden de algunos centenares de metros. Agregaré aún que son varios los métodos que permiten fijar los diámetros moleculares, siempre del orden  $10^{-8}$  centímetros.

He aquí una serie de números que nos dan una idea del mundo molecular, pero cuya significación escapa fácilmente. Comenzaré recordando que el factor 10 elevado a un cierto exponente, que figura en todos ellos, indica el número de lugares que dista la cifra significativa marcada con la coma de la unidad en que la cantidad está expresada. Así, en la constante de Loschmidt el 2 ocupa el lugar 20, de modo que después del 7 hemos de agregar 18 ceros, y en el diámetro de las moléculas la cifra significativa que le mide, pocas veces superior a 3, ocupa el octavo orden decimal cuando se toma el centímetro por unidad de longitud.

La regla no es difícil, pero al conocerla no se resuelve el principal obstáculo con que se tropieza para comprender tales magnitudes. Todo estriba en que la noción del número no es de aquellas que se ofrecen con evidencia inmediata a la inteligencia. El número máximo que un hombre concibe varía mucho con el grado de civilización en que vive. Los pueblos más atrasados apenas pasan de algunas unidades: alguna vez del 2, pero aún aquellos que han logrado la más alta cultura, no tienen generalmente una idea clara de lo que significa un millón. Números como el de Loschmidt, o el de choques en un segundo entre las moléculas que se hallan en un centímetro cúbico, a la presión normal y  $0^\circ$  centígrados, escapan ya a la imaginación más entrenada. Para tener una

idea de lo que significan, es necesario buscar imágenes indirectas.

Para el número de Loschmidt, he empleado muchas veces la siguiente: Nos proponemos agotar las moléculas de una pequeña vasija de un centímetro cúbico, llena de aire en las repetidas condiciones normales de presión y temperatura. En esta tarea se ocupan tantos seres, de sentidos bastante perspicaces para ver y coger cada molécula aisladamente, como habitantes pueblan nuestro planeta; y con una celeridad que les permite extraer una molécula por segundo, y una resistencia que les consiente trabajar sin descanso, continúan su labor hasta darle cima. Sin embargo, sus esfuerzos serían vanos. Sólo después de ocho o diez generaciones dedicadas por entero a la obra se llegaría al final.

Fijémonos ahora en los  $2,4 \times 10^{29}$  choques que ocurren en el centímetro cúbico por segundo de tiempo. Como en ellos participan todas las  $2,7 \times 10^{19}$  moléculas que existen en él, y en cada choque intervienen dos, podemos afirmar que una misma molécula experimenta por término medio  $1,8 \times 10^{10}$  choques en un segundo de tiempo, número que nos da una idea del orden de magnitud de los tiempos que juegan en los fenómenos del mundo molecular. Si se recuerda que el intervalo más pequeño que pueden apreciar nuestros sentidos no anda lejos de la décima de segundo, se comprenderá cuán distantes están aquellos tiempos de los que juegan algún papel en la vida. En el referido intervalo mínimo caben no menos de 1.800 millones de estos otros que separan los choques sucesivos de una molécula.

Para llevar un poco de claridad a todo esto, imaginemos que existiese una cámara cinematográfica capaz de obtener una película del movimiento de la molécula, y que después la proyectamos con velocidad bastante reducida para que veamos los choques separados: esto es, con intervalos de la décima de segundo. Es artificio empleado con frecuencia, para el estudio de los movimientos rápidos, en diferentes capítulos de la ciencia. Ahora bien; el tiempo necesario para la proyección de la cinta completa a dicha velocidad no es menor de 60 años. De otro modo: en un segundo de tiempo se producen tantos choques de una molécula con todas las restantes como tic-tac de un reloj de segundos caben en 600 mil años.

Detengámonos aún en el número que exprese el diámetro molecular. Su valor,  $10^{-8}$  cm., significa que en un milímetro se pueden disponer diez millones; de modo que si obtuviésemos una ampliación fotográfica de un hilo de dicha longitud, en que se hubiesen ensartado todas las moléculas que en él caben, en proporción tal que cada una de ellas

apareciese con las dimensiones de un punto de escritura (0,1 mm.), el hilo completo ocuparía un kilómetro.

Estos ejemplos bastan para dar idea de la pequeñez del mundo molecular y de la infinita complejidad de los fenómenos que en él se producen. No necesitan mayor ponderación las dificultades con que la ciencia tropieza para incorporar su conocimiento a nuestro saber. Y no sólo por lo que supone percibir cada hecho aislado, sino la integración de sus efectos para crear los aspectos de nuestro mundo. Es evidente que la ciencia creada por la observación de sus fenómenos no ha de aplicarse a los moleculares del mismo modo que a ellos. La limitación de nuestras facultades mentales lo impide, y además todo esfuerzo para lograrlo resultaría completamente inútil. Lo único que nos interesa de ese mundo inferior es su influencia en el nuestro, con lo cual quedan excluidas de la ciencia muchas de sus particularidades. Circunscrito de este modo el objeto del conocimiento se ofrece como método adecuado para su investigación el llamado *estadístico*, de antiguo usado en las ciencias sociales.

Supongamos que se haya de mejorar la salubridad de una región. Una administración sanitaria bien organizada comenzaría por formar la estadística escrupulosa de las enfermedades padecidas en ella y de su distribución, del consumo de las diversas clases de alimentos, de las condiciones higiénicas de las viviendas y del propio aseo personal; en general, de cuantas circunstancias puedan tener influencia sobre la salud. El conjunto de tales estadísticas permitiría averiguar donde debe aplicarse el remedio, sin que tenga ningún valor para este fin quién es la persona que murió a una cierta edad, y hasta puede prescindirse del conocimiento de su régimen particular de vida. Basta la coincidencia de los hechos en bloque.

Tomemos otro ejemplo. Imaginemos un estado falto de recursos suficientes y obligado a reforzar los impuestos. Una administración de hacienda consciente empieza también por hacer la estadística de sus fuentes de riqueza, y entre ellas seleccionará las más productivas y de mayor elasticidad para resistir el impuesto sin que provoque su anemia. Pero también aquí desaparece el hecho individual. A la hacienda no debe preocuparle que el industrial A, de la clase que parece en mejores condiciones de resistencia, se arruine bajo el peso del impuesto porque su incapacidad para dirigir el negocio le mantenga por bajo del nivel medio, ni tampoco que el B obtenga pingües rendimientos en una rama que lucha con grandes dificultades para su desarrollo. Estos hechos individuales se pierden en la estadística, y además se deben perder.

De modo análogo procede la ciencia en el estudio del mundo molecular, y por las mismas razones: imposibilidad de tener presente en cada instante todos los elementos de fenómenos tan complejos. Pero existe una característica diferencial en el modo de proceder del sociólogo y del físico. El primero conoce los hechos individuales y los sigue al ir formando la estadística; la dificultad proviene de que le es imposible tenerlos todos presentes en el momento de formular las leyes que se le piden. El segundo está en peores condiciones: le es imposible seguir los procesos individuales; no puede formar una verdadera estadística; *necesita suponerla*.

Esto no significa fundar la ciencia de la realidad en una creación gratuita de nuestra mente. La ignorancia inevitable de los procesos individuales del mundo molecular se compensa postulando la exactitud de las leyes de la dinámica para regir sus movimientos. La eficacia de esta compensación depende en gran parte del enorme número de fenómenos individuales que juegan en cualquier hecho al alcance de la observación directa. Gracias a tal circunstancia podemos asegurar que todas las posibilidades de ocurrencia de dichos fenómenos se hallan realizadas. El problema queda reducido a fijar la proporción en que se halla representado cada uno de ellos: lo que se llama su *probabilidad*.

Para comprender mejor la diferencia esencial en los métodos estadísticos, según se aplican por los sociólogos y los físicos, basta fijar la atención en la distinta finalidad perseguida en cada caso. En las ciencias sociales se investigan las leyes que rigen a un determinado orden de fenómenos, mientras la Física persigue la interpretación, mediante procesos moleculares, de las leyes macroscópicas conocidas por la observación o la experiencia. Esta característica diferencial no pierde valor porque sea frecuente que la estadística social nos descubre leyes que han sido o podido ser enunciadas *a priori* por otros métodos, o la Mecánica estadística encuentre leyes macroscópicas que pasarían desapercibidas.

No quiero terminar sin recordar aquí el éxito de mayor interés obtenido por este método. Me refiero a la posibilidad de atribuir un sentido a la noción de *entropía*, una de las más abstrusas que debió introducir en sus razonamientos la ciencia clásica. Trátase de una expresión analítica en que juegan las cantidades de calor y la temperatura, la cual goza de la propiedad de aumentar cuando el sistema a que se refiere se transforma espontáneamente. Como tal podemos considerar al Universo entero, y así nos vemos conducidos a la siguiente proposición de Clausius: «La entropía del Universo tiende hacia un máximo». Ello significa en un lenguaje

menos científico que el Universo tiene un sentido de evolución definido, que ha debido nacer en un tiempo más o menos remoto y marcha hacia una muerte segura.

Semejante conclusión parece opuesta a toda interpretación mecánica del Universo. En efecto; la reversibilidad es una condición esencial de las ecuaciones que definen los procesos dinámicos, de modo que sean cuales fueren los movimientos de las partículas que integran al Universo, invirtiendo el sentido de la velocidad de cada una de ellas se produciría la evolución inversa de todo el sistema con la misma estabilidad. ¿Cómo conciliar este corolario de la Mecánica con aquella evolución hacia la máxima entropía? Boltzmann dió la respuesta identificando esta noción con la de probabilidad del estado del sistema.

La tosquedad de nuestros órganos de relación con el mundo exterior permite que nos parezcan idénticos estados del Universo que difieren profundamente entre sí en atención a la organización del mundo molecular en cada caso. Ahora bien; la probabilidad de uno de dichos estados aparentes se mide por el número de organizaciones distintas que él cubre, pues se comprende que será tanto más fácil de producirse cuanto más numerosas las posibilidades para ello. Mirada la evolución del Universo desde este punto de vista su sentido no aparece como una ley fatal. Nada impide pensar que en un cierto momento de su existencia el proceso se invierta. Sólo afirmamos que ello es mucho menos probable que la continuación de la marcha que llamamos normal.

Tomemos un ejemplo del propio Boltzmann. Sean dos globos que contienen aire y gas carbónico, que hacemos comunicar mediante un tubo. Si después de un cierto tiempo analizamos el contenido de cada globo encontraremos que en ambos existen cantidades iguales de ambos gases, difundidos el uno en el otro. Seguramente por muchas veces que repitamos el análisis el resultado será siempre igual. Nunca les encontraremos de nuevo separados, y sin embargo éste sería el resultado producido por la inversión simultánea de las velocidades de todas las moléculas. Mejor que *nunca* debiera decir que es extraordinariamente raro llegar a semejante separación. Basta para que así no sea el que la inversión de las velocidades no sea absolutamente completa o perfectamente simultánea. Para poner más en evidencia la imposibilidad de dicha separación, Boltzmann compara la probabilidad de que este hecho ocurra con la del suicidio simultáneo de todos los habitantes de una gran ciudad, incitados a él por motivos absolutamente independientes.

B. CABRERA.



JEAN GIRAUDOUX

por Gorvel

## HUÉSPEDES DE ESPAÑA

# GIRAUDOUX Y COCTEAU

En breve irán a Madrid los escritores franceses Giraudoux y Cocteau.

(De los diarios de Paris)

Ha sido precisa la guerra para medir la influencia de Jean Giraudoux sobre las actuales generaciones y para comprender hasta qué punto nos ha imbuido una nueva manera de escribir. Desde *Provinciana* hasta las *Lecturas a una sombra* ya había trazado las líneas más puras de un mundo inédito y maravilloso. Con *Susana y el Pacífico* (1921) su universo estaba ya completamente creado y nos encerraba con una pérfida red de imágenes, en la más deliciosa esclavitud. Esta novela es la historia, la sencilla historia de una muchacha de provincia perdida en una isla desierta, rival lejana de Robinson Crusoe. En este vulgar tema de fábula infantil, Jean Giraudoux ha descubierto un manantial de pintoresco y ha escrito a la vez un

poema y un drama, un cuento de hadas sobre todo, en el que tanto los objetos más familiares como los más extraños se animan y coloran con matices desconocidos. La lluvia y las flores, los animales y los hombres, la inmensidad y la belleza más sensible tienen su papel. Su estilo—y esta es la profunda lección que ha dado Giraudoux: mostrar que el estilo colma todo cuando se halla adornado de la sola poesía—su estilo es un encantamiento. Las metáforas se suceden increíblemente jóvenes; Giraudoux posee la frescura de visión que es sólo privilegio de los niños, cuando la vida despierta y la rutina no ha podido aún agostar la facultad de prender lo individual. Como un hechicero enigmático y sonriente nos revela entre las cosas relaciones ténues e inesperadas, ricas de significado y de belleza. Y luego, una mezcla de humorismo muy especial que no es más que



COCTEAU

por Picasso

poesía, una poesía desnudada de los viles artificios del énfasis, que no vive más que de luz y de sensual simplicidad. La acumulación de los detalles más concretos no permanece vulgar, porque los transforma con una inquietante química; gracias a una sutil combinación de sombra y de claridad, de perfumes, de sonoridades y de contactos sabe abolir de la vida lo que es vulgaridad. Observador lo es más que nadie, a su manera, deformando en el plano poético los rasgos característicos que apresa: así ha podido crear personajes ilusorios que guardan sin embargo la precisión y la verosimilitud de la realidad. No conserva sino la sustancia misma del lirismo, lo que en el mundo es el parpadeo de los ojos ante el prodigio, la divinidad de la gracia. Su última novela, *Julieta en el país de los hombres*, nos vuelve a sumergir en la misma corriente mágica y nos arrastra por el cabrilleo de la frase, por la armonía sinuosa del verbo, hacia el más suave, el más físico de los placeres de la inteligencia. Giraudoux nos sigue demostrando que es uno de esos felices hombres para quienes la abstracción no existe y en los que el universo se refleja como una sucesión de colores y de formas vivas. Este don hace tan adorablemente presentes sus finas y nerviosas heroínas, Susana o Julieta, sensibles como hermosos frutos y puras con una inocencia carnal pero patética. En cuerpo y alma vibran a las menores caricias de la atmósfera, y

sin dejar de ser humanas se identifican en una embriaguez mimosa con el mundo exterior.

El humorismo lírico de Jean Giraudoux le ha valido el odio de los que fuera del énfasis y de la vulgaridad no perciben nada de noble. Sin embargo, Giraudoux ha escrito un libro de guerra, *Adorable Clio*, y si en él no ha podido sustraerse a acariciar los mismos fantasmas encantadores, ha escrito a través de la muerte y de la sangre las páginas de una emoción dulcemente irónica y desesperanzada que se llaman *Muerte de Sigaux*, *muerte de Drigeard*. En otro libro, *Sigfrido y el Lemosin*, muestra la misma comprensión del espíritu alemán en lo que tiene de legendario y de sentimental, que de la vieja provincia francesa. Es de aquellos que pueden aún amar todas las tierras y querer a su patria chica, ese país lemosin cariñosamente descrito en todos sus aspectos. Ha hablado de Francia con la más deliciosa ternura y ha compensado la grandilocuente bajeza de muchos himnos. «Yo te reconozco, ¡oh Francia!, en el grosor de tus avispas, de tus moras, de tus saltones...» Quizá no hay sentimiento más hondo.

\* \* \*

Aunque al presente goce de una influencia casi igual, no existe ingenio más diferente de Giraudoux que Jean Cocteau. Poeta en

sus comienzos, se reveló Cocteau en el movimiento llamado cubista como un escamoteador amable y precioso, pero que manejaba ya bajo la flúida apariencia de las palabras, ideas simples, abstractas, ricas de contenido pero tan depuradas que su oscuridad provenía de un exceso de luminosidades apretadas. Sus obras de teatro en las que renovando, modernizando a Sófocles y a Shakespeare ha dado de sí mismo un símbolo gracioso, son mucho más que ejercicios literarios sin alcance, lo mismo que sus dibujos publicados en álbum ocultan bajo su modernismo la crueldad de una aguda observación. Un breve estudio de crítica: *El secreto profesional*, es un diminuto libro lleno de anotaciones lapidarias, precisas, extremadamente concentradas, la menor de las cuales podría sugerir una ampliación extraordinaria. En él, esparce descuidadamente las ideas como un malabarista lanza una tras otra las bolas coloreadas después de terminado el juego. Pero Cocteau es principalmente un novelista. Ha empezado tardiamente, puesto que sólo por sus dos últimos libros merece tal clasificación. *Le grand écart* es probablemente una de las novelas de nuestra época que aporta una nota nueva en la gama de los sentimientos eternos. Es una historia de amor, pero en la que ha sabido hacer entrar, libertándola de las alteraciones de lo pintoresco y de lo formal, el alma atormentada de los muchachos de estos recientes años. Es la mueca clownesca de los labios en que los afeites dibujan una imaginaria herida roja. Pero todas las muecas y las lágrimas mal contenidas, heladas en la sonrisa mecánica del desprecio irónico o del más cobarde mimetismo, ¡qué mal disimulan la desolación y la angustia del corazón insaciable, perpetuo inadaptado! Cocteau ha escrito ahí algunas escenas que quedarán. Sobresale en la anécdota rápida, concisa, reducida a la línea segura de la medalla. Su estilo, voluntariamente despojado de adorno, desnudo, hace más impresionante, en la veloz tra-

ma de las frases, el brillo brutalmente anguloso de algunas comparaciones—comparaciones que jamás son imágenes como en Giraudoux, y que no son bellas en sí, sino únicamente luminosas, porque enriquecen la idea iluminándola y circunscribiéndola más. Su segunda novela, *Tomás el Impostor*, está más depurada aún de todo ornamento. El estilo está reducido a la necesidad absoluta de las solas palabras indispensables, escogidas, por lo demás, con la escrupulosa conciencia del iluminador de estampas, pero reducidas estrictamente al servicio de la idea. Ahora bien, el tema se prestaba mal a semejantes procedimientos. Tratado así, es de una arquitectura esquelética, en que lo esencial está dicho de un tirón, en un relato de una vez, en donde nada se destaca del conjunto. Historia trágica, profundamente bella y humana. Tomás es el embustero maravilloso que paga con la vida el derecho a perpetuar su mentira porque el mito creado ha acabado por penetrarle y por hacerle vivir del mismo modo que ha convencido a todo el mundo en torno suyo. Tomás muere por su leyenda, como se muere por el honor, pero con una soberbia inconsciencia. Su historia, en el fondo, es la maravillosa mentira humana, de todos los castillos de nubes que la imaginación edifica y que la fantasía impone, mentira que acaba por "llenar toda nuestra vida, por justificarla y embellecerla, hasta hacernos morir por su sublime apariencia y hasta darla, también, la sola eternidad de la muerte.

Tal como nos aparecen hoy en la plena posesión de su talento, Giraudoux y Cocteau, el uno con su visión poética recreando al mundo, el otro con su metálica clarividencia arrojando ante nuestros ojos fantoches de carne y de sangre, son dos de nuestros grandes escritores franceses. Reflejan dos tendencias opuestas pero igualmente vivas, la fantasía poética y el análisis implacable.

PIERRE PICON.





# “LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX”

## “ALCALA GALIANO”

(Continuación)

No creo que el propósito del inventor de estas conferencias pueda haber sido el de que, aquellas, que como la presente, tienen el carácter de lo que llaman algunos autores historia *pragmática*, a esto se reduzcan, y no entren en otros pormenores y no procuren penetrar la causa de las cosas y dar alguna lección al presente con lo que fué el pasado. Y entendiéndolo yo así, seguro de que las muy cultas personas que iniciaron estas conferencias tenían en su ánimo la idea de que no fueran una escueta narración de lo que todos sabéis, sino consideraciones que ayudasen a la reflexión, que produjesen algo de lo que llaman los ingleses *sugestión*, teniendo esto en cuenta, más bien que a fijarme en los hechos de la historia, en los hechos puramente externos, voy a atender a los internos; y esto el mismo tema lo reclama porque tiene un epígrafe que dice: *Causas de la caída del sistema constitucional*. Pero en vez de estudiarlas, como acaso el puro tecnicismo exigiría, unas tras de otras, irán como englobadas las materias y unas veces narraremos, otras sacaremos consecuencias, para llenar así el poco tiempo que pienso molestar vuestra atención.

Recordaréis que el último día, empezaba a referirme a aquel leve soplo, según decía el mismo Alcalá Galiano, que produjo la revolución de 1820. La primera consideración, el primer asunto que ha de servirnos para ir buscando las causas de la caída de lo que nació en aquel instante, es el modo de nacer y es también el primer momento, la primera ocasión en que puede encontrarse una lección para el presente, porque no son tan diferentes como distantes la época que atravesamos y a la que me voy refiriendo. Progresa España como progresa gran parte del mundo, pero progresa poco a poco: y por lo que respecta a la enmienda de los vicios sociales, como no se atiende a ellos debidamente, puede decirse que no progresa casi nada. Permitidme este criterio que podrá ser poco simpático, pero yo no busco simpatías, sino decir

las cosas con arreglo a mi conciencia y yo pienso que España ha progresado poco en virtudes sociales desde el año de 1820 al 1885.

Leía el rey Fernando VII un opúsculo del romántico y muy reaccionario Chateaubriand cuando vinieron a sorprenderle con la noticia de que el conde de La Bisbal al ir a Ocaña, en vez de emplear su ejército en desbaratar lo que había hecho Riego en las Cabezas de San Juan, se había adherido al movimiento: el conde de La Bisbal solía pasarse de un bando a otro. Esto hizo despertar a Fernando VII, le hizo ver que la revolución iba triunfando; además en Aragón, en Cataluña, en Pamplona, en la Coruña y en otros puntos se había proclamado la Constitución y en Cádiz estaba a punto de proclamarse; y Fernando VII entonces dió aquellos decretos a que también aludí el día pasado. Pero esta revolución, ¿cómo se hizo? Fué sobornando a unos pocos militares, se hizo cuando, después de una intentona primera, había decaído en el ejército el espíritu revolucionario, por unos pocos hombres, un farmacéutico amigo de Alcalá Galiano, Alcalá Galiano, Mendizábal y pocos más, porque el mismo Istúriz se había retraído: y estos pocos hombres que apenas tenían mil duros de capital, son los que logran que no fracase la revolución.

Atendiendo a los comienzos de ésta, veréis que no puede compararse con las revoluciones verdaderas que quieren los pueblos, que vienen por sí mismas, animadas por el espíritu de la sociedad, que nacen de aquello que llamaba Savigny las entrañas del pueblo. Si hubiera por casualidad, que no creo, entre vosotros algún espíritu superficial, tal vez creyera que era yo un reaccionario que pretendía apagar el espíritu liberal y maldecir de la obra de nuestros mayores. De ninguna manera. Si todavía puede decirse que la libertad no es planta indígena en España y que aquí no ha arraigado por completo, consiste precisamente en el modo como comenzó a desarrollarse. Nació, no del espíritu liberal español, sino de una sublevación militar que

vino porque España no era ya absolutista, y no es lo mismo una cosa que otra. Acaso en el actual momento, la España que no es probablemente tan monárquica como muchos piensan, todavía no es republicana. Hay épocas tristes, épocas en la historia en que se deja un ideal sin tener otro con que reemplazarle, y tal vez esta crisis corresponda en nuestro tiempo a otras muchas materias que no son del dominio de la política.

Así nació la revolución, y aquí tenemos, por consiguiente, una primera causa de que no prosperase y no durase más que desde enero de 1820 hasta octubre de 1823. Varios son los elementos a que tenemos que atender para ir viendo en qué consistió esa revolución y al mismo tiempo en qué consistió su decadencia. Los mismos elementos que nos han de hacer ver cómo vino la época constitucional del 20 al 23, nos irán mostrando también cómo se verificó la caída y por qué desapareció tan pronto ese sistema.

Muchos son los puntos que este estudio abraza y yo preferiría tratarlos con el espacio que requieren, bien en un libro, bien en una serie de conferencias (por más que tales materias ni son de mi gusto ni responden a la naturaleza de mis aficiones y superficiales estudios), pero no siendo esto posible, permitid que aquí se repita lo de las monteras de Sancho, que puesto que tenían que ser diez monteras, era forzoso que cada una no sirviera más que para un dedo de la mano.

Un factor de los más importantes era el elemento puramente nacional que, aunque ya maldecía de los rigores del absolutismo y ya no quería a Fernando VII, protestaba contra el elemento liberal y defendía la política tradicional llegando a preferir la misma tiranía que antes maldijera en silencio, en odio al sistema nuevo. Además hay que recordar la Corte, hay que estudiar el elemento del absolutismo no en la opinión del pueblo español como algo que quedaba del derecho antiguo, sino el absolutismo como interés personal de la dinastía como patrimonio de una raza, como algo que alguien desea con egoísmo.

Reparad aquí otra razón de la caída del sistema constitucional. Por un lado un derecho que es puramente abstracto, *la Constitución, la libertad* proclamadas por un pueblo que no sabía lo que era la libertad ni la Constitución, y que en rigor no quería nada de esto. Lo quería cierta parte ilustrada de la sociedad, y aún ésta no siempre en atención al fondo del derecho, sino a la forma, a la apariencia; porque puede decirse que en España todavía el espíritu jurídico político no ha entrado como debía entrar; no es un interés *egoísta*, en el buen sentido de la palabra, aún no queremos las cosas del derecho político como queremos las propias. Ese afán, ese cariño que hay para los intere-

ses particulares, ese ardor con que, por ejemplo, saben defender el colono, el labrador, el interés del derecho civil, con que saben disputar una herencia o poner en tela de juicio los lindes de un predio, esa lucha por el derecho verdadero, ese afán por la realidad del derecho, no ha entrado en España, por lo que se refiere al derecho público, y tampoco ha entrado en otros países parecidos al nuestro. Con razón dice Taine que el aldeano inglés debe en parte sus derechos políticos a sus buenos puños. No es haciendo una revolución cada muchos siglos, sino defendiendo el derecho con vigor todos los días, como la libertad se conquista.

Era, pues, este amor de los españoles a la libertad puramente abstracto; ¿y cómo se resolvía? Como nos lo pinta Pérez Galdós en uno de sus episodios nacionales, en una obra que, no por haber sido seguida de otras mejores, deja de ser excelente. Al lado de los caracteres heroicos representados en las célebres jornadas de julio; había otros elementos cómicos, no en sentido depresivo, sino en el sentido de que siempre hay algo de cómico donde no hay proporción entre el ideal y los medios. España quería la libertad en abstracto, pero no quería, por ejemplo, conceder la libertad que más importa, que es la de conciencia. Era aquello un interés metafísico, era un interés de gente ilustrada, era algo como esas disputas graciosas que se tienen a la salida de un teatro sobre si la comedia es buena o mala, disputas en que intervienen los que entienden y los que no entienden; era algo de lo que estudia Flaubert al hacer la historia novelesca de la revolución del año 1848 en Francia.

Pues este interés abstracto lo considero digno y grande, y sobre todo, creo que es preferible a vivir en puras tinieblas; pero ese elemento se encontraba frente a un interés real, el de Fernando VII, que quería el absolutismo con toda la fuerza con que puede quererlo el deseo; y la lucha era desigual. Además, yo creo que hay algo de imposible en esta noble aspiración de muchos, de juntar los elementos tradicionales de las monarquías puras, con los constitucionales sostenidos principalmente por el espíritu de la revolución francesa y cierta influencia de la política inglesa.

Todas aquellas escenas lamentables, y que no hay para qué recordar aquí una por una, en que se da el triste espectáculo de ensayar la conciliación de la monarquía tradicional con la soberanía del pueblo, escenas que tenían un carácter tragi-cómico gracias a la brutal espontaneidad del populacho, a la astucia y malévol socarronería de Fernando y a las malas artes y torpezas y necedades de algunos palaciegos y no pocos revolucionarios; digo que aquellas escenas me recuerdan, y perdonad lo humilde del recuerdo, cierto sainete o cosa así, que todos conoceréis, cuyo título es *Una casa de fie-*

ras. Allí todos tienen mal genio y se aborrecen y desean devorarse, pero el interés común les obliga a disimular, como diría Hobbes, *plus habens metus quam amoris*, y a poner la paciencia a prueba. Un personaje le pega a otro con la badila en los nudillos, y éste sonríe y declara que aquello es muy de su gusto; pero al cabo, con voz estentórea, reclama otra badila. Las dos badilas se mueven algún tiempo a compás, como el juego armónico de los poderes; mas de pronto estalla la ira, se acaba el disimulo y las dos soberanías, es decir, las dos badilas, brillan en alto, amenazando romper sendos cráneos. Así Fernando VII y el pueblo español, especialmente el madrileño, en toda esta época, finjen respetarse, amarse, y de aquí asuetos, bullanga, el trabajo suspendido, el populacho en la calle, discursos en los balcones, frases dignas de una Arcadia civilizada, pero el rey, el rey que es el de los golpes en los nudillos, se cansa pronto y pide a las conspiraciones y a las cábalas la *otra badila*, esto es, la fuerza... Y por desgracia así sigue la historia que todavía no ha llegado al desenlace de este conflicto dramático que en la realidad es muchas veces más trágico que cómico.

Otro elemento interesante que entra por mucho en la explicación del período constitucional de 1820 a 23 son las sociedades patrióticas. Las sociedades patrióticas han dado mucho que decir a nuestros historiadores, artistas y literatos, y sería muy fácil que yo incurriese en la más sosa vulgaridad si me empeñase en describir con tres o cuatro toques de *color de época*, de ese que algunos Goyas manidos compran a vil precio en el Rastro, lo que eran dichas sociedades. No puedo, sin embargo, dispensarme de apuntar algunas observaciones, puramente prosaicas, porque en esto de descripciones hechas de viva voz yo no me fío ni de mí mismo ni de quien no sea un orador artista, de esos que tanto escasean.

Existió, como sabéis, la sociedad de *Lorencini*, que celebraba sus reuniones en el café del mismo nombre, situado, según Mesonero Romanos, en el local que hoy corresponde a la esquina de la Puerta del Sol y de la calle de Espoz y Mina. En estas sociedades patrióticas se llegó a toda clase de excesos oratorios; hablaban en ellas la ignorancia, la pasión y la envidia, y cuando los congregados pensaban y decían que estaban ventilando los altos intereses del Estado y estaban salvando la patria, no hacían más que gritar y alborotar; pero que los salve a ellos la intención, porque era la primera vez que el pueblo podía entregarse a estos deliquios de patriotismo, la primera vez que tenía conciencia de sí mismo como pueblo que anhela ser libre a la moderna; y no debe extrañarnos que allí hubiera excesos, que pocas veces pasaban de ridículos. ¿Cuándo no los ha habido?

Mayores fueron todavía los de la reunión patriótica establecida en el café de San Sebastián; allí hablaban gentes más bajas y más ignorantes todavía: allí subieron de punto las orgías de la palabra; y ocasión hubo en que un orador tablajero se levantó a decir que quería acabar con el «absolutismo ambulante» y otra porción de ridiculeces por el estilo.

Pero, señores, ¿quién no ha presenciado en nuestros tiempos de progreso y de ilustración algo de esto? Yo recuerdo, por ejemplo, que en mi pueblo había por el año 68 sociedades patrióticas de este mismo género; y cada cual de nosotros puede formarse idea de lo que sucedía en la época de 1820 al 23 recordando lo que tan recientemente ha presenciado. Ahora, como entonces, se buscaba por medios extraordinarios la salvación de la patria por unas cuantas personas, quizá muy honradas, muy liberales y muy dispuestas a defender hasta con su sangre las descabelladas soluciones que proponían. El prurito en nuestra época parece que ha sido la abolición de todo, hasta de la religión y de la familia. Se quería abolir, y yo no puedo menos de aplaudirlo, la esclavitud: otros clamaban contra la pena de muerte; muchos pedían la abolición de impuestos sobre consumos y de las quintas, y no faltaba quien sin haber visto más agua junta que la de la jofaina de su cuarto, exigiera la abolición de las matrículas de mar. Maestro de escuela hubo que se levantó a pedir la abolición del pretérito pluscuamperfecto porque decía él que no podía haber nada más perfecto que el perfecto mismo. ¡Cuántas veces los liberales habremos estado pidiendo la abolición del pretérito pluscuamperfecto! (*Risas.*)

Más importante que la de Lorencini era la sociedad llamada de *La Fontana*, y tampoco respecto de ella he de entrar en descripciones pintorescas, primero porque mi premiosa palabra no se presta a ello y después porque sería ocioso; hechas están por verdaderos maestros en el decir, y vosotros que las conocéis no tendríais la paciencia de oírlas si yo tuviera la pretensión de repetirlas; así es que no diré más que cuatro palabras.

Estaba este café de *La Fontana* en la Carrera de San Jerónimo, y constaba de dos departamentos principales; en uno se colocaba el público, y en otro los socios, que llegaron a establecer allí una verdadera tribuna. A nosotros los de la nueva generación, nos parece que siempre hubo tribuna en España, y no es cierto; la primera se puso en San Fernando, y era una especie de púlpito. También la de *La Fontana* tenía esta forma. Y, por cierto, que algunas tribunas-púlpitos establecidas en provincias sirvieron para que desde ellas hablasen los clérigos, no siempre de buena gana, como sucedió en Córdoba, donde a presencia de Alcalá

Galiano, que lo cuenta, hicieron subir a semejante cátedra a un canónigo muy respetable, pero muy absolutista, para leer la Constitución de 1812, y entusiasmar con ella desde aquel púlpito a una sociedad patriótica.

*La Fontana de Oro*, según muchos dicen, funcionaba desde antes que llegase a ella Alcalá Galiano. Dicen, pero no es verdad, que cuando ya se habían distinguido allí oradores como Gorostiza y como Adam, hermanos, pues eran dos, se presentó un día Alcalá Galiano, que venía de San Fernando, y a todos los asombró, en tales términos, que desde entonces no quedó en tal espacio más orador que nuestro tribuno; y añaden muchos escritores, que éste no hacía allí otra cosa que excitar las pasiones populares.

Empieza por no ser cierto que otros hablasen en *La Fontana* antes que Galiano, porque precisamente fué él quien la inauguró; y tampoco lo es que nuestro personaje fuera un desconocido, un recién llegado a Madrid. Alcalá Galiano había pasado aquí algunos años de su juventud, y en la Corte había formado parte de lo que hoy llamaríamos la *high life*; era, lo que ahora diríamos un *gomoso*, un *sietemesino*; se reunía con los jóvenes más distinguidos y hacía la misma vida que ellos, entregándose a las mismas ocupaciones o diversiones y a los mismos vicios. Era, pues, muy conocido en la sociedad madrileña.

Resulta, como veis, que al estudiar el elemento constituido por las sociedades patrióticas, volvemos a encontrarnos con Alcalá Galiano, y bueno será que digamos algo de lo que era como hombre político este personaje, protagonista de mi ligero estudio.

Ya he manifestado que a él se debió en gran parte la revolución de 1820, porque fué quien más trabajó para preparar el movimiento y para alentar a los que desfallecían. Fué, sin duda alguna, el espíritu si no el brazo de la revolución; y ¿cómo le encontramos en Madrid? ¿Acaso viene como triunfador? ¿Acaso penetra dos veces como penetró Riego en la Corte para causar más efecto? Nada de eso; viene con humilde empleo. Sabéis que había sido primero agregado de embajada, y después fué nombrado para la secretaría de la del Brasil, a donde no había ido por no abandonar la causa de la revolución. Sin más premio que continuar en su carrera, entró en Madrid como el último y más humilde oficial de la Secretaría de Estado. Esto, señores, también se presta a muchas consideraciones, y no a todas puedo renunciar.

Hoy parece inverosímil que el hombre que había movido esta gran palanca de la revolución de 1820 entrara en la capital como un empleado subalterno de la Administración. En estos tiempos en que por algunos servicios se pide un gobierno de pro-

vincia; por algunos artículos en la prensa un distrito electoral, por una apostasía una dirección general; en estos tiempos en que la juventud, aunque reconozcamos excepciones honrosas, piensa que todo se le debe dar por añadidura sin haber puesto nada de su parte; en estos tiempos en que son tan precoces las ambiciones, no hay el valor de distinguir la pretensión desapoderada de la ambición noble y legítima de servir al ideal y a la patria y hacer la carrera por sus pasos contados; hoy queremos escalar en un día los primeros puestos, aunque nos exponamos a perderlo también en un día todo.

No era así Alcalá Galiano. Manifiesta, es verdad, alguna impaciencia por la escasez de sus triunfos, un poco se queja al verse postergado, pero hace la salvedad, y con ella se consuela, de que no es él solo, y reconoce que los puestos primeros deben ocuparlos aquellos que los tenían conquistados en batallas anteriores, en las gloriosas jornadas de 1810 a 1812, como D. Agustín Argüelles. De suerte que sin pararse mucho tiempo a exhalar quejas por lo poco que tiene, viene a ganar lo que le falta, y viene a luchar, porque es hombre verdaderamente grande que sabe lo que lleva dentro y que puede exclamar como el *Vergonzoso en Palacio*: No soy, seré; que sabe que las obras que más pronto se levantan no son las más firmes y las más admiradas, sino que es preciso trabajar mucho y bien desde los cimientos para edificar sobre ellos, y para que la cúpula sea grandiosa coronación de un sólido edificio. (*Muy bien, muy bien.*)

Alcalá Galiano llevaba dentro de sí todo su mérito. Se burlaba, se reía de las medianías que le rodeaban; llevaba consigo una grandeza, un prestigio de esos que no se adquieren con una credencial ni con un acta de diputado, el prestigio del ambiente que se nota cuando uno se acerca a un hombre grande. Era la idea de la revolución, y si esto el año 22 no tenía importancia en la esfera exterior de la política, la iba teniendo en el espíritu de Galiano verdaderamente grande por el talento siempre, y en esta época, además, por sus aspiraciones políticas.

Alcalá Galiano llega además a la revolución con grandes tempestades en el alma. Parecía que existía en él aquella armonía que recomiendan los retóricos para las poseías descriptivas, la armonía entre el espíritu y la naturaleza, de tal modo, que cuando el espíritu se siente borrascoso, debe estarlo la naturaleza también. Pues así estaba el espíritu de Alcalá Galiano y así estaba también la historia de su tiempo. Cuando se bamboleaba el poder absoluto y amenazaba ruina el trono de Fernando, en el hogar de Alcalá Galiano había habido tremendas luchas que él mismo describe en sus Memorias. Había contraído matrimonio de una ma-

nera precipitada; había contraído matrimonio, y él así lo dice con elocuencia, para hacer lo que siempre hizo en su vida, que fué no faltar a su palabra. Arrepentido estaba del compromiso que había adquirido, pero se casó porque había prometido casarse, y muchas veces decía que esta obediencia a lo prometido le había causado mucho daño en su vida política. Fué desgraciado en su matrimonio, quedóse pronto solo y entonces se entregó a la disipación. Es de advertir que sus historiadores confunden época con época. Yo he leído hace pocos días que Alcalá Galiano asistía a las Cortes del 22 a pronunciar aquellos discursos magníficos y arrebatadores, privado casi de sentido, y según un escritor, animado por un espíritu alcohólico, y esto no es cierto. Alcalá Galiano en esta época no se entregaba a la embriaguez. En su juventud, en Cádiz, después de los desengaños de familia, es cierto que se abandonó a la vida destemplada, a la vida del perdido, como decimos vulgarmente, pero más adelante no, y menos en esta época en que fué un verdadero patriota.

Hay que penetrarse bien de esto: no hay que empeñarse en ver en Alcalá Galiano un espíritu frío y escéptico de toda la vida. Asistió a la revolución del 20 al 23 con entero amor y con verdadero cariño a la idea; y tampoco sus discursos fueron tan demagógicos como muchos dicen. Llevaban en sí el sentido íntimo de una cosa que ya he indicado, el sentido íntimo de que la revolución había de caer, de que no bastaba que se hubiese proclamado la Constitución, que el rey la hubiese jurado, y hubiese asistido a las Cortes, y hubiese hecho todos aquellos actos de sumisión. Alcalá Galiano comprendía que había un enemigo oculto, constante; comprendía lo que él tampoco dice con mucha claridad, pero que se adivina entre líneas en sus escritos y en muchos de sus discursos, es decir, que no se profesaba a la monarquía el respeto que era preciso proclamar, puesto que en España no había un verdadero partido republicano. Él declara que no era republicano, y añade: mi tío era republicano teórico, pero en la práctica, y como empleado que estaba muy cerca del ministro de Hacienda, tenía que vivir como todos los demás. A Alcalá Galiano le sucede lo mismo. Estaba saturado del espíritu histórico según Gibbon, Hume y otros, se había llenado de la filosofía del siglo XVIII en Francia, había perdido el respeto al elemento tradicional de la monarquía, y como había contemplado la Corte de Carlos IV, yendo con su madre de la mano al palacio de Godoy, y había aprendido que allí se vendía todo y que la virtud de muchas damas venía al suelo ante las voluptuosidades de aquella Corte, y que la Corte misma vivía separada del pueblo y pasaba todas las temporadas en el Pardo, en el Escorial y en Aranjuez, pero no en Madrid, dándose el caso de que para

trasladarse de un real sitio a otro llegaba la regia caravana a las puertas de la capital y huía de ella como si estuviera apestada; como Alcalá Galiano estaba por el medio ambiente en que vivía lleno de estas ideas y comprendía que no había verdadera conciliación, que no había verdadera armonía y cordialidad entre la monarquía y la democracia, es claro que con tibieza por lo menos al principio, y después con fortaleza, manifestaba tendencias, si no de derribar el trono, que esto nunca lo quiso, por lo menos, de no importarle mucho que lo derribasen y hasta de realizar actos que a eso conducían.

Esta es la política constante que observamos en Alcalá Galiano. Es un liberal radical, y en este sentido todo lo que sale de su espíritu lleva ese sello, pero no es un demagogo, no es un Dantón, como se ha dicho; ni presencia matanzas, ni lleva a cabo ningún acto que le pueda convertir en demagogo.

Pero no podemos insistir más en esta materia porque, entre otras cosas, aún nos falta decir algo de las sociedades patrióticas. Influyeron éstas constantemente en la política en un sentido deletéreo, querían mandar en el Estado, eran verdaderos *clubs* contrarios a las costumbres nacionales, y por consiguiente, todo lo que de ellas salía era obra de la pasión y se manifestaba, no tan solo en el odio al enemigo, sino en lo que es también otra causa de la caída del sistema constitucional, en las divisiones intestinas. De esta manera aparece la sociedad de la *Cruz de Malta* en oposición a la de la *Fontana*, y la de los *Anilleros*, y la de los mismos *Carbonarios* italianos que se trasplanta en cierto modo a España; y estas sociedades se persiguen mutuamente y en vez de atender a combatir el absolutismo, lo que hacen es juntarse con él como en el año 20 para fraguar revoluciones, y en este pecado cayó el mismo Alcalá Galiano. Alcalá Galiano, y él lo confiesa, a fines del año 20 está de acuerdo con la Corte y los radicales para combatir al gobierno de D. Agustín Argüelles, pero después hubo conciliación como sabéis todos, y en ella Galiano salió ganando porque se hizo más liberal el gobierno, porque dió mayores franquicias, porque prometió algo, y entonces es cuando Alcalá admite la Intendencia de Córdoba y deja a Madrid.

Continúan las sociedades secretas excediéndose y dando lugar a escenas como las de la batalla de las Platerías y a otras como las que ocasionaron la sublevación de los guardias de Corps, pero Alcalá Galiano no presencia estos disturbios; y sin embargo, muchos de los historiadores dicen que él fué el que los promovió, siendo así que se encontraba en Córdoba.

Pero llegamos a otro elemento importante, que es el elemento de las Cortes. Las Cortes de 1820 a 23 registran caracteres distintos de los que ha-

bían distinguido a las Cortes del año 12. Predominaba en éstas el más grande espíritu de entusiasmo, hacíanse discursos doctrinales, parecía como que se ponía cátedra de constitucionalismo, había acaso mayor buena fe, había acaso miras más levantadas. Las Cortes de 1820, aunque en ellas figuran en gran parte muchos elementos de los doceañistas, tienen otro aspecto. Hay en ellas ya algo de experiencia, los discursos suelen ser más breves, menos doctrinales, pero más políticos, la cuestión de mayoría y minoría obedece a las cábalas de entre bastidores y a lo que estudiaremos dentro de poco, es decir, a las intrigas de las sociedades secretas.

No asiste a estas primeras Cortes Alcalá Galiano y por consiguiente nosotros, que hemos de seguir hasta cierto punto principalmente a nuestro personaje, vamos a decir poco de ellas. Sin embargo, conviene indicar, porque es también materia que nos sirve para determinar en parte las causas de la caída del sistema constitucional, conviene indicar algunos de los asuntos que trataron tales Cortes. Entre otros muchos trataron de la desvinculación y de la célebre cuestión de monacales que, como sabéis todos, dió lugar a una de las cábalas del rey que se negaba a sancionar el decreto correspondiente y que por fin hubo de hacerlo merced a turbulencias y a imposiciones del pueblo. Dejemos a un lado, porque nos llevaría muy lejos, el tratar de la oportunidad de la desvinculación y sobre todo, del modo como se hizo: cuestión es ésta económico-jurídica que nos llevaría muy lejos, repito, para lo cual yo tampoco tengo competencia y que aunque envuelve mucha importancia para el problema de la permanencia de la libertad en España, no es tan directa como la otra, la que se refiere a los monacales.

Por de pronto claro se vé que la desvinculación era un acto de justicia indudablemente, que facilitó la vida económica de España, pero por lo que se refería a la conservación de la libertad era un peligro, puesto que era enajenarse la voluntad de muchas familias que veían su ruina y su descrédito en aquel sistema de desvinculación. Pero más importante, más grave es el punto que se refiere a la ley de monacales.

Ya hacía siglos que habían reclamado los procuradores contra el excesivo número de monasterios subsistentes en España, contra el abuso de las manos muertas y contra esto de los bienes mostrencos que iba matando como una especie de ataxia, todo el cuerpo social. Esto es cierto, y quien como yo es liberal, y más radical de lo que eran los liberales del año 20, no necesita hacer profesión de fe de estar conforme con la ley de monacales: pero aquí estudiamos la cuestión desde el punto de vista de las consecuencias y pudo ser

consecuencia de esta manera de entender la política, la caída del sistema constitucional. ¿A qué atacaba la ley de monacales? ¿Qué se pretendía con esto de excluir tanta gente? ¿Qué se quería al pretender que pasaran bienes que muchos consideraban como sagrados, de la mano de los frailes al movimiento de la circulación económica? Prescindiendo de su importancia en este sentido, prescindiendo de la verdad, para mí innegable, de la necesidad de hacer la desamortización, es lo cierto que un país eminentemente católico como era España sin duda, un país que ofrecía ya tantos peligros de rebeldías contra la Constitución y contra la libertad por otros motivos, con la desamortización se veía atacado en lo que más quería, y por consiguiente esta ley era impolítica al menos en este concepto. Y es señores, que siempre se ha hecho esto en España, y aunque también en otros países se hace, en ninguno como en el nuestro se procura atacar, no la esencia de las cosas, sino su forma, aquello que debe durar más tiempo, es decir, lo exterior; y esto es contra naturaleza. ¿Qué observamos a orillas del mar? Restos de ciertos seres, de esos animales que tienen una envoltura fuerte y resistente. Pero vamos a buscar dentro de esa envoltura y no hay nada, y vemos que lo último que queda es la cáscara o la corteza, la tumba vacía, aquella caja en que Renán quería encerrar los dogmas; y esto es lo último que hay que atacar, la caja de los dogmas, la cáscara. En los montes vemos muchos árboles seculares que están corroídos por dentro, pero les queda la corteza, les queda la hermosa apariencia. Pues en España se quería hacer lo contrario. ¿Qué sucedía en España? Que íbamos a la corteza, a lo exterior, que queríamos matar al cura lo primero, y no se debe matar a nadie, pero si acaso se debe ir al fondo, si en el fondo hay algo malo.

Hay esta contradicción en nuestras costumbres y esto es lo particular de España: por un lado profesión constante de fe, profesión de un catolicismo o lo que sea, supongamos que sea otra religión, que eso no importa; profesión constante de fe, de amor, a un dogma determinado, y por otro lado ataques a aquello que constituye la forma de esa misma religión que se respeta. Yo no pretendo que se pueda resolver este problema fácilmente, pero es lo cierto que lo mismo en aquella época que en otras, en España no se procede como en otros países. En España no había entrado el libre pensamiento; no entró siquiera cuando lo permitieron las leyes, porque la costumbre lo rechazaba: no basta que haya libertad de pensar, cuando los que pueden pensar libremente no quieren pensar de esta manera y siguen pensando como han pensado antes.

LEOPOLDO ALAS (CLARÍN)

(Continuará)

## RETRATOS VASCOS

# IPARRAGUIRRE

Cuando la raza vascongada era tan fuerte como los robles de sus montañas y tan dura como los pinos que muerden el esqueleto de sus rocas, brotó el único yugo sentimental capaz de uncir todos los pueblos eúskaros: el zortzico. Estos cantares nacidos en la edad de la inocencia, para pueblos sanos y jóvenes, tienen una nostalgia tan tierna, se hincan en el corazón con tan soberana presteza, que al darnos cuenta ya han fabricado un nido muy ancho, de religiosa admiración.

Por eso nuestra raza tan preñada de poesía, a su debido tiempo supo engendrar su bardo, que no fué errante rápsoda ni mísero ciego, ni creó sus versos inmortales siendo un ancianuco de luengas y nivosas barbas como el Homero de la leyenda, sino un mozo bizarro de espesas melenas drúidicas, cuyas abarcas con suela de clavos, recorrieron un camino tan glorioso y brillante como las sandalias de las canéforas en las fiestas peánicas.

En sus costumbres deja una estela parecida a la del divino Heleno hacedor de una religión. Como él fué mendigo, como él caminó ciegameamente por esas tierras que están más allá de las riberas mediocres del bien y del mal. Sólo que este patriota trovero fué un mendigo de más alta estirpe. ¡Como que fué un mendigo de Amor...!

Nació Iparraguirre en Villarreal, oscura aldehuela vascongada. Después de su encarnación la madre tuvo un antojo; deseaba una golondrina negra que vivía en el alero del tejado, la de vuelo más ligero y de más traviesas alas. Este deseo fué para el marido escéptico, argumento de vayas...

La naturaleza se vengó cruelmente de este simbólico Zacarías falto de fe; de esta alma de cuco que arraiga en todo solar vasco. Toda la actividad de su hijo se redujo a un vuelo incansable, raudo y loco. El alma de la golondrina quedó clavada dentro de la frente de Iparraguirre...

Místico y romántico desde sus primeros tanteos por la vida, entró en un seminario pa-

ra hacerse sacerdote. No cuadraba a su textura andariega el reposo santo del claustro y una mañana de sol,—la primera aurora de amor en este argonauta de mujeriegos vello-cinos—ahorcó los hábitos y huyó tras una fruta temprana que con la suavidad de sus labios rojos, prometía una felicidad más positiva que las inefables bienandanzas con que Dios premia, más allá de la tumba, los sacrificios y dolores de sus siervos.

¡Pronto supo deshacer el enredo amoroso! Libó aprisa las mieles del deseo, extrajo el más dulce don a la inocente doncella y salió volando en busca de nuevas andanzas. Sediento de emociones más fuertes que las holgadas en los rústicos panales de femeninos labios, colgó por algún tiempo su laúd de vagabundo. Fué guerrillero, y los dedos sabios en rendir carnales alcázares, tornáronse crueles al empuñar el fusil. Finalizada la guerra, anduvo errante por Italia, Francia e Inglaterra, convertido en una ola más, de la multitud anónima.

La primera hazaña conocida fué su presentación en Madrid en un día de lluvia. ¡Siempre había de ser la lluvia su mejor escenario! Apareció en el café de Levante y allí, ante las mesas donde se reunían sus paisanos, cantó unas dulces baladas llenas de tierno calor hacia el solar nativo...

Tenía entonces Iparraguirre ademanes sueltos y aposturas de caudillo. La gran boina ladeada dejaba al descubierto su indómita cabellera. La barba era grande y cenobial, barba de lino, como en los primitivos. En sus manos la guitarra era una esclava obediente a la caricia sabia de su señor...

La fogosa inspiración de este bardo lo creaba todo; el verso viril o ardiente, y la música, eternamente moza y definitivamente inmortal. Pero lo que encantaba sobre todo era su voz, una voz conquistadora, que con el blando metal de su timbre, ayudada de sus dueñas y amigas las lágrimas, iba abriendo el oculto huerto de los corazones sentimentales.

Dicen los que le oyeron que era una voz única; la más melodiosa y acicalada que salió de humana garganta. Sierva fiel de su amo en todos los registros, lo mismo rasgaba el aire vestida con matiz de juglar al cantar su balada «boga, boga, mariñelak...» que saltaba desnuda, enseñando su piel sagrada de épica rotundez al entonar el tremebundo «Umederba» o volaba en alas de una tristeza doliente, nostálgica, en el amoroso «Eta guría». La larva de su inspiración va a abrirse pronto y el himno de su raza se incubará más tarde, entre el calor de estas estrofas desperdigadas; de estos primeros suspiros de su genio.

Triunfó y fué ídolo durante algún tiempo; mas se cansó pronto del ambiente ciudadano, porque Iparraguirre, como esos enfermos que nunca encuentran postura, sino es entre las tablas del ataud, tenía la maldita pesadumbre de los sedientos de paisaje que sólo apagan su sed hollando nuevas tierras. ¡Padecía la misma inquietud que Asvherus el maldito...! Y una tarde de infinito tedio desapareció de Madrid.

Volvió a sus patrios lares y aquí comienzan sus aventuras de amoroso juglar. De todas partes le llamaban; el humilde pueblecillo, la coqueta aldehuela y la villa orgullosa, necesitaban el arrullo de su canto para dar esplendor y galanura a la fiesta anual. Después de la función religiosa se congregaba el público en la plaza. Colocábase nuestro bardo en el centro, ponía a tono su acompañante instrumento y hecho el silencio en el aldeano concurso, suavemente y gimiendo nostalgias, las cuerdas de su guitarra comenzaban a preludiar un aire zortziko. Entonces la voz del poeta cantor, descifraba el alma de Vasconia, con drida clarividencia. Surgía el catecismo de la raza hecho balada; y los viejos aitonos lloraban viendo a este «aeda» genial encarnar en sus versos los ideales adormecidos en lo más hondo de sus corazones. Corazones recios para la fatiga, pero desnudos de toda ilusión y que solamente este mago errante sabía vestir con el calor de sus estrofas...

Mas estas conquistas de almas y todo el entusiasmo que sus cantos despertaban, no añadieron un solo doblón a su siempre vacía escarcela. Despreciaba olímpicamente el dinero, que convierte al hombre en el siervo más vil, por estar enamorado de su misma servidumbre. Era libre como las aves del campo, que cuando les cansa un paisaje, remontan el vuelo en busca de otras tierras y cuando tienen hambre, descienden a los sembrados; y cuando tienen sed, buscan el agua clara en la espuma saltarina y retozona de la torrentera. Hasta para amar, despreció los dogales del Estado y de la Religión...

En todos los hogares tenía la mesa puesta. En todos tenía también lecho preparado; pero él prefería dormir al abrigo de una roca o sobre la colcha cespedeña de los prados, antes

que cobijarse en el solar amigo. Para almohada tenía su guitarra ayudándole a cantar y a dormir. Encontraba más sereno reposo entre las piedras del camino que en el muelle y blanco abrazo de las castas sábanas...

Y es que a la noche, cuando las gentes de los caseríos retornaban a sus viviendas, topaban casi siempre con la atormentada y gallarda figura de Iparraguirre que paseaba sus deseos entre las silenciosas y verdes melenas de los maizales, o las grises bóvedas de los castaños. Su aureola de ambriente amoroso, movió a compasión muchos pechos femeninos y así, siempre había alguna moza demasiado sentimental o de corazón tan limosnero, que sabía quedarse a la zaga de la comitiva con tierno descuido. Y allá iba nuestro enamorado por diosero a recoger la limosna y desdoblar su manta...!

Luego la nena arreglaba con dulce abandono el desarreglo de sus faldas y volvía a subir al camino un poco más pálida, acaso un tanto llorosa y sorprendida de haberse dejado arrancar tan fácilmente la piedra preciosa que las doncellas llevan en arras al tálamo nupcial y es el exorcismo necesario para alejar los manes de Apis de la frente del marido...

Muchos de nuestros idílicos aldeanos, que nunca sintieron grandes codicias por estos voluptuosos blasones, lamentaban unicamente tales refriegas porque en ellas morían multitud de bermejas panochas, decapitadas por el loco furor de los oficiantes. Y se indignaban con montañesa sorna ante la posibilidad de que los jóvenes trasladasen sus paganos altares a los campos de maíz, temiendo quedarse sin cosecha todos los años.

La historia de estos romances gloriosos de la carne, desgranados entre la sombra piadosa y blanda de las noches de luna, y el escándalo que corcusieron bocas celestinas con estas jornadas bizarras; amén de algunos flemones demasiado indiscretos, soliviantaron un tanto a nuestros patriarcales habitantes, que comenzaron a cuidar de sus hijas con áspera solicitud, sin dejar tan sueltas como solían, las libres voluntades. ¡Precaución inútil! Las doncellas—garnachas tempranas o frutas maduricas—esquivaban la autoridad paternal y hurtando la vigilancia, huían en el silencio de la noche a entregarle su limosna...

Acaso alguno de estos lances le abrasó demasiado; quizá el recuerdo de unos labios que besó sin lograr hacerlos suyos, le dejaron un escozor demasiado amargo. O tal vez sus venas heladas con el peso polar de los años, no encontraron en estas tierras una Sulamnita de carne virgen y alma de niña, que le diera con el velo de su desnuda juventud, el calor necesario para curar su frialdad. También pudo algún padre calderoniano, o algún exigente Otelo interponerse en su ruta y obligarle a emigrar. ¿Quién sabe? No hay ningún histo-



riador que nos tienda su mano erudita para mostrarnos las causas que le hicieron salir de su patria.

La marcha definitiva y eterna del patrio suelo, debió desgarrar de tal modo su espíritu, que se vino abajo la cortina del santuario donde dormía su genio. Su sensibilidad, hundida hasta entonces en un mar voluptuoso, se hinchó preñada de amargura al dar el último adiós a las solariegas estancias, a las verdes montañas, a los prados de égloga... Y al traspasar las fronteras del portón vasco, el genio parió fundido en himno, el «Guernikakoarbola» la oración más pura que el corazón vasco rezó ante el altar de su raza. La oración patriótica heredada de los viejos druidas; la bendición del árbol que tenga raíz y sabor montañés. Poeta y campesino, hace de los montes, templos. Pero no pide cercas al árbol sagrado; no es leñador, sino sacerdote; por eso canta la expansión, la hegemonía para su selva: «¡Árbol santo, extiende tus frutos por el mundo...!»

Hoy hasta el más oscuro aldeano del más olvidado caserío, conoce este canto vibrante, donde palpita el estro supremo altivo y profético del bardo inmortal. Como aquellos reyes navarros que al morir dejaban el corazón a un santuario, Iparraguirre en este testamento lírico regala a la raza la llama eterna que ardía en su pecho. Bien es verdad que a semejanza de Licurgo, partió para no volver jamás...

No importa. Queda su alma señolenta como un mito arcádico que seguirá viviendo mientras exista un vasco. Y donde anide un colono de cualquiera de las cuatro tribus, llegarán las hojas del árbol cuatro veces santo, cuatro veces sagrado.

Al desembarcar en América este divino bohemio, había perdido ya su aire de joven griego; dejaba enterradas sus alas eróticas; cubría la nieve sus barbas de lino. Los ojos locos que saborearon tantos triunfos, seguían teniendo hambre. Sólo que ya no era hambre de Amor...

Pobre y derrotado, el cuerpo cuya garra cercenó tantas rosas se inclinaba hacia la tierra. La manta que supo ser tálamo, trocábase en pingajo de mendigo. No conservaba del león sino las melenas. Dolorido y orgulloso, buscaba así para morir, un rincón lejano de su arte.

Y aquí termina su historia. ¿Cuándo y cómo murió? Nada se sabe. Se lo tragó América, esa tierra que necesita devorar mucho para mantenerse. Dormirá apoyado en la almohada podrida de su guitarra. Las manos sábias, sedientas de femenina piel, habrán desaparecido agujereadas por los gusanos. Allí quedó el cuerpo, mas su alma nó. Su alma sigue vagando por los labios de sus paisanos y va de caserío en caserío como en su vida real. Viejos y jóvenes, cuando quieren volar, apo-

yan sus rústicas almitas en las alas de los zortzicos inmortales que este Homero vasco creó...

\* \* \*

Morir, morir en silencio, pobre cantor vasco, para poder ser el padre espiritual de una raza ¡Y que la creación nos cueste la vida! ¿Cabe mayor angustia? Y ni una voz amorosa, ni unas manos gentiles, ni un sollozo familiar, ni una sóla lágrima...

Al fin el casero más lerdo, muere rodeado de sus deudos y su agonía se dulcifica con la caridad religiosa o civil. Pero descender a la tierra anónimamente, estrangulado por la indiferencia, como el pájaro libre caído en las manos crueles de un niño; caer cuando se siente uno Verbo de cuatro tribus, ¿no es para pedir a Dios que nos aparte a todos un cáliz tan doloroso?

Yo bien sé que mañana el lodo de sus hazañas de amor, volverá a la tierra para no despertar más, como volvió la humana arcilla que contuvo el agua divina de su inspiración. Y que sólo quedará viva y eterna, esta agua que él derramó cantando el viejo historial de una raza. Pues bien, yo no envidio esta gloria futura, ni su aureola de pastor de un pueblo, ni su estancia presente en la hostería de la Inmortalidad...

Lo que yo envidio es más humano; envidio sus pecados, el sin fin de limosnas que recogió en su oficio de mendigo; su sensual alforja repleta de sangrientos mendrugos arrancados a la piedad de las doncellas en sus pordioses nocturnales. Es decir, el barro y la impureza de su vida. Porque gracias a este barro de sus hazañas, también vivirá durante mucho tiempo en los corazones femeninos.

Sí; aún ahora, cuando lleguen las noches de invierno y el viento silbe su canción de rabia contra las paredes del solar, o muera entonando una ronca liturgia entre las ramas desnudas de los castaños, más de una gentil zagala suspirará pensando en aquel mozo bizarro de voz dolida y plañidera, que abría con la ganzúa de su canto las rojas moradas; que encadenaba las voluntades con el grillete de la ternura, y ya dentro del alcázar del alma, se iba para no volver, llevándose de paso el rubí sabroso de la floreciente doncellez de la embriagada...

Y en el ardiente estío, cuando la noche ha ceñido de negras tocas las sierras y collados, la sombra del galán rondador que mendigaba amores, ¿no seguirá acariciando dulcemente con su recuerdo el corazón de las blandas doncellas?

El barro... Yo deseo el barro de sus hazañas. Y no quiero por almohada una guitarra popular ni que mi cuerpo sirva de carbón para alimentar glorias humanas. Quiero el silencio; y por almohada una boca. Una boca que yo haya besado mucho...

FÉLIX URABAYEN

# MARÍA ENRIQUETA



He aquí una alta figura actual de las letras de habla española, para delinear cuyo valor—tan complejo, tan definitivo—sería preciso, no una breve glosa, sino un libro.

María Enriqueta Camarillo de Pereyra es, sin duda alguna, la más ilustre escritora de América. Posee lo que falta, en mayor o menor grado, a casi todas las demás cultivadoras de la Literatura, tan abundantes, como sabemos, en el fértil continente: un temperamento delicado y sensitivo, verdaderamente femenino, que peralta lo que es y significa la misión de la mujer en la vida moderna.

Mexicana—como su esposo D. Carlos Pereyra, el más ilustre historiador americano contemporáneo, con quien vive en Madrid desde hace nueve años—, María Enriqueta reverdece el Parnaso de su patria, la antigua *Nueva España*, genitora ayer de Juana Inés de la Cruz y de Josefa de Murillo.

La genial artista, en quien no se sabe qué admirar más, si la alquitarada perfección de la estrofa o el sentido lírico y humano de su prosa, cuenta ya con una labor copiosa, empero no haber pasado aún de la segunda juventud—la juventud fecunda. Once son los volúmenes que ha publicado, contando, además, con no poca labor dispersa en importantes diarios y revistas que ven la luz en aquel continente.

Pocos escritores contemporáneos pueden ostentar como María Enriqueta serie tan copiosa de elogios, de favorables y entusiastas juicios críticos acerca de su obra, pronunciados por altos ingenios de todos los países, desde Rubén Darío y la Pardo Bazán ayer, hasta muchos de los más destacados de hoy. Como pocos son también los que cuentan con un tan general reconocimiento de la pureza de ley de su labor, aunque sea precisamente en su propia patria. México va a erigir a la insigne poetisa un monumento, costeadado por suscripción popular, en su ciudad natal, Coatepec, tras haber exornado con una lápida la casa en que María Enriqueta vino a la vida, tras haber fundado varias bibliotecas públicas con su nombre, tras haber adoptado como texto de lectura para los niños de todas las escuelas públicas del país uno de sus libros admirables.

Menguado es el tributo que VERBA rinde a la insigne escritora, por cuanto, como decimos al comienzo, sería preciso dedicarla mucho espacio. En otro lugar de este mismo número nuestro compañero Angel Dotor habla, aunque también concisamente, del último libro que acaba de publicar María Enriqueta, con cuya colaboración nos honramos.

## DICHA FUGITIVA

Ante la soledad triste y discreta  
de mi huerto salvaje, una gitana  
se detiene, y coqueta,  
mientras ríe, desgrana  
las notas de su alegre pandereta...

Desde la oscura copa en que se esconde,  
un pájaro responde,  
herido por tan rara melodía.  
Y es así como en donde  
hubo sólo tristeza, hay alegría...

Mas la hermosa gitana parte luego,  
y en vez de su canción, reina el sosiego;  
calla también el ave; y en gran calma,  
se repliega la luz... Ha muerto el día...

... En mi jardín agreste y en mi alma,  
¡sólo tú eres verdad, Melancolía!



## LECCIÓN

¡Oh música de Chopin,  
Música lánguida y triste:  
gracias te doy por el bien  
que me hiciste!

¡Voz hermana, voz clemente  
que te fuiste  
agotando lentamente  
como el caño de una fuente,  
voz que ternura me diste:  
gracias mil te doy también  
por el bien  
que me hiciste!

Atrás se ha quedado todo;  
todo se quedó distante...  
Y con modo  
que yo juzgo extravagante,  
me obliga, inflexible, el Sino  
a torcer por el recodo  
del camino,  
y a seguir hacia adelante.

¿Para qué?...  
No lo sé.  
¿Quiere que aprecie mejor  
el sabor  
de todo lo que se fué?

¡Oh, maestro!  
¡Oh, destino!  
¡Eres diestro,  
y tu plan es cruel y es fino!  
¿Quieres darme a comprender  
todo el valor del *ayer*?...

Lo has logrado:  
penetró ya en mi cabeza  
la tristeza  
de la palabra *pasado*.

¡Gózate! ¡Clava el punzón!...  
Has querido que yo viva,  
para hender mi corazón  
con tu lección objetiva.

¡He aprendido  
esa terrible lección!  
¡Has vencido!

La torva conjugación  
ya no es para mí hierática:

ya siento claro el efecto  
del pretérito perfecto  
de la sesuda gramática.



MIENTRAS  
LLUEVE....

Más que nunca ella esperaba  
cuando la lluvia sus hilos  
dejaba colgar... Entonces  
creía escuchar el ruido  
de sus pasos... Y era el viento  
que vagaba con sigilo.  
Creía escuchar su voz.

una canción, un suspiro...

Y era la voz de la lluvia  
que salpicaba los vidrios...

Sobre el diván, tristemente,  
dejaba caer el libro,  
y yendo hacia la ventana,  
miraba el cielo sombrío,  
exclamando siempre al verlo:  
«Esperar es mi destino...»

Aún hoy, en el manicomio,  
persiste en hacer lo mismo:  
siempre que a llover empieza,  
se la ve tras de los vidrios...

Le llamaba, y no la oyó;  
le esperaba, y nunca vino...

María Enriqueta.

Quartel General de Cuenca 21 de Septiembre de 1812.

## ORDEN DEL DIA.

Compañeros de armas: La parte Sana de la Nación, admira vuestro patriotismo, constancia, y valor: nuestros fieles quanto generosos aliados os dan pruebas de su amistad y gratitud: hasta la virtuosa Reyna de Portugal y del Brasil Doña Carlota Joaquina de Borbon Infanta de las Españas y hermana de nuestro adorado Rey Fernando os colma de honores desde su Corte del Rio Janeyro. Escuchad lo que os dice por la siguiente carta que recivo ayer.

„Los importantes y heroicos servicios con que en la presente revolucion has defendido los derechos de nuestra amada Patria, y los del trono de mi muy querido hermano Fernando executan mi especial gratitud.

„Creo de mi deber en esta ocasion darte las mas sinceras gracias por el celo infatigable conque has distinguido tu fiel conducta, y no siendo menos recomendable la de los fieles Españoles que militan bajo tu direccion y ordenes te ruego y encargo que al recibir esta les hagas presentes las mas afectuosas expresiones de mi reconocimiento.

„Dios te guarde muchos años. Palacio del Rio de Janeyro y 2 de Marzo de 1812. Tu Infanta Carlota Joaquina de Borbon.” A D. Juan Martin, el Empecinado.

¿Y habrá de entre vosotros quien se mire insensible á tamaño favor? Quien no ansie mas vidas para sacrificarlas con gusto á la justicia de la Patria y á la gratitud? Conozco vuestros puros sentimientos: sois virtuosos, y no debo ofenderos con la duda: no abandoneis la constancia y el valor: seguid subordinados que con la disciplina que teneis, y os exorto á aumentar, os conducirá á vencer vuestro Comandante General.

EL EMPECINADO.



## HÉROE O TRAIIDOR, SEGÚN CONVIENE A S. M.

Yo no sé si en rigor se ha celebrado el centenario de Juan Martín el Empecinado. Bellas coplas hubiera podido hacer con su vida, coplas a semejanza de los papeles de cordel, Eduardo Marquina. Los tiempos no están para estatuas de héroes, ni para conmemoraciones de hombres generosos. Pero, hubiera bastado quizá la edición de un pequeño folleto, vendido a cinco céntimos, de enorme tirada, cantando la vida de aquel castellano recio que no supo de miedo ni de servil adulación. Un folleto que, escuetamente, refiriese los hechos. ¿Quién no había de leer narración tan breve? Y, como, al recorrer las cortas páginas: proezas de la guerra de la Independencia, lucha por la libertad, la trágica persecución del Rey infame, el encanallado pueblo, los miserables servidores: quién, en los atroces

momentos en que, enjaulado se le mostraba ante un populacho abyecto que le escarnecía, en sublime trance cuando vió su espada—con la que batallara por su ideal—en manos viles y quebrando esposas, como león se arrojó sobre sus perseguidores, quién, en los sucesos de aún después, ¿no había de estremecerse de de horror? ¡Horror saludable si brutalmente arrojaba al ánimo en la meditación para sacudir el pobre corazón atemorizado y levantarle en noble coraje! Yo creo que olvidamos a nuestros santos y sus ejemplos y al perder su contacto, nuestra vida se humilla y resbala por el polvo.

\* \* \*

Yo no pretendo contar la vida del Empecinado. Pero yo desearía, en esta

ocasión poner ante los ojos dos documentos. Mayor elocuencia tienen para mí que toda palabra, sin resonancia, que yo pudiera decir. Dos documentos de la vida y la muerte de Juan Martín. Es el primero, de la era gloriosa, cuando se le pide el esfuerzo. De arriba viene. La Infanta Carlota le da gracias y le alienta. Es el segundo, de un monstruoso servidor de la Realeza; de la Realeza triunfante, dueña y señora, absoluta, de vidas y de haciendas.

Toda la sencillez, la ingenua trama del corazón de Juan Martín, o en esta proclama que tengo ante mis ojos, rubricada por él. Toda la honda negrura, la pavorosa traición, la sacrílega maldad del clérigo criado de tales amos, en la carta que voy a transcribir.

Era en 1812. Los triunfos de Juan Martín no se habían interrumpido desde los comienzos; afrancesados y franceses habían intentado conquistarle, atraerle; reconocíanle la belleza del gesto generoso y la intrepidez alucinante del extraordinario capitán. Mas nada era capaz de desviarle del empeño. Hombre de pocas palabras, de simples razones, tosco y vigoroso, con voces llanas se expresa. Pero sabe llegar a lo más hondo del pecho de sus compañeros. Está en el cuartel general de Cuenca. Acaba de recibir plácemes y alientos de la hermana del Rey, «del adorado Fernando» ¡Qué fuerza amorosa tiene el símbolo del deber para las almas sencillas! He aquí el documento:

«5 División. 2 Ejército.

Quartel General de Cuenca 21 de Septiembre de 1812.

Orden del día.

Compañeros de armas: La parte Sana de la Nación, admira vuestro patriotismo, constancia, y valor: nuestros fieles quanto generosos aliados os dan pruebas de su amistad y gratitud: hasta la virtuosa Reyna de Portugal y del Brasil Doña Carlota Joaquina de Borbon Infanta de las Españas y hermana de nuestro adorado Rey Fernando os colma de honores desde su Corte del Rio Janeyro. Escuchad lo que os dice por la siguiente carta que recivo ayer.

«Los importantes y heroicos servi-

cios con que en la presente revolucion has defendido los derechos de nuestra amada Patria, y los del trono de mi muy querido hermano Fernando ejecutan mi especial gratitud.

Creo de mi deber en esta ocasion darte las mas sinceras gracias por el celo infatigable conque has distinguido tu fiel conducta, y no siendo menos recomendable la de los fieles Españoles que militan bajo tu direccion y ordenes te ruego y encargo que al recibir estas les hagas presentes las mas afectuosas expresiones de mi reconocimiento.

Dios te guarde muchos años. Palacio del Rio de Janeyro y 2 de Marzo de 1812. Tu Infanta Carlota Joaquina de Borbon.» A D. Juan Martin, el Empecinado.

¿Y habrá de entre vosotros quien se mire insensible a tamaño favor? Quien no ansie mas vidas para sacrificarlas con gusto a la justicia de la Patria y a la gratitud? Conozco vuestros puros sentimientos: sois virtuosos, y no debo ofenderos con la duda: no abandoneis la constancia y el valor: seguid subordinados que con la disciplina que tenéis, y os exorto a aumentar, os conducirá a vencer vuestro Comandante General.

EL EMPECINADO.»

Trece años más tarde, atado a la cola de un caballo le habían conducido a Roa en dura prisión le habían encarcelado, en la terrible jaula le sacaban; su madre se dirigía al Rey y podía decirle:

«Si no hubierais abandonado vuestro trono y vuestro pueblo, el hijo de mis entrañas sería un honrado labrador, que me sostendría con su trabajo, y viviría conmigo hasta que me cerrase los ojos: Para sacaros de Francia y para volveros al trono, tomó mi hijo las armas, y tales cosas hizo, que al poco tiempo era general. Si no lo hubiera sido, si no hubiera abandonado su casa y su labor para defenderos, no correría ahora ningún peligro. Quitadle, señor, la faja que él se ganó, y que las pocas veces que él se la puso se la veía yo con más extrañeza que gusto; dejadle como estaba el año ocho; quitadle todo lo que ganó en la guerra, menos sus gloriosas cicatrices, que nadie le puede quitar;

pero mirad, señor, que si quitáis la vida a quien tanto debéis, más daño habéis de hacer a vuestro trono y a vos mismo, que el que haréis a esta pobre mujer, porque yo moriré en seguida que mi hijo, y vos llevaréis eternamente en la frente la mancha de su sangre, y esa mancha acompañará a vuestra memoria, que será maldecida por todas las madres!»

Mas el suplicio se cumplió con los tremendos detalles; a la última hora, el noble reo, extenuado,—hambre y sed—incapaz aún de creer en todas las villanías, confió al confesor el lugar de una corta cantidad de dinero, única y pobre ayuda de su madre.

Apenas muerto, el miserable sacerdote, Fray Ramón de la Presentación, denunció el secreto que en confesión había recibido, y justificó con estas tremendas frases su infamia: guardo la ortografía: ignorancia y maldad, servilismo:

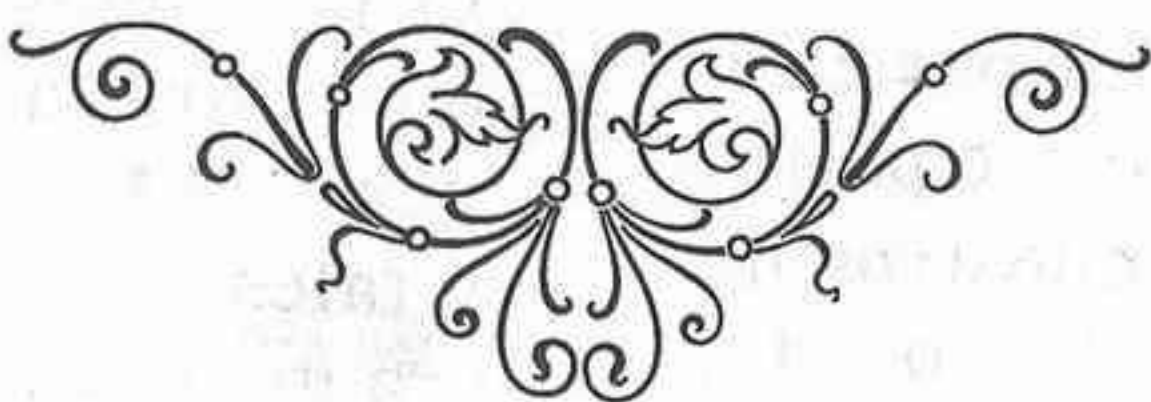
«Certifico vajo la fee y palabra de Sacerdote confesor del difunto, que concuerda fielmente con él y con otras aclaraciones que me hizo de palabra, cuando no había ya tiempo para escribir y ni él me lo permitio, creyendo que todos estos caudales usurpados habían de quedar ocultos, como toda su mala vida, abusando para ello del Santo Sacramento que jamas tuvo intención de

recibirlo, ni reflexionar la confesión, sino en cuanto tuviese de Capa y alcahuetería para asegurar lo robado, y no conocer jamás por Ladron ni mal hechor a los llamados serviles; y como no lo sufra ni permita la Moral y sana Teología, por eso esta no quiere obligar a los ministros de la Penitencia el sigilo, cuando la intencion de los penitentes no es de hacer Sacramento sino de hacer burla del Sacramento y un desprecio formal; por eso, pues, he creído ser de mi satisfaccion el oficio adjunto de V. S. como lo he hecho: Dios guarde a V. S. muchos años Roa 25 de agosto de 1825.»

### Envío.

Maestro Castrovido, tan bueno, tan noble, el que primero vibra con emoción generosa, el del espíritu romántico, reflejo o eco de aquellas veneradas sombras de Michelet y de Quinet. Usted ha recordado al Empecinado, usted ha pedido que se le traiga entre nosotros con motivo de su centenario, para que las generaciones actuales mediten si pueden. Yo he querido seguirle a usted, exhibiendo, subrayando, esas estampas de momentos trágicos. Que todos los que comprendan el deber, experimenten un instante de emoción y de melancolía.

M. NÚNEZ DE ARENAS.





# LA VIDA INTELECTUAL EN RUSIA

## ¿ES POSIBLE UNA LITERATURA PROLETARIA? (1)

Para bien o para mal—decía ha poco el notable escritor D. Luis Zulueta—no hay más remedio que ocuparse de Rusia. El público, por amor o por aborrecimiento, busca ansioso noticias que aclaren el misterio bolchevista. Para satisfacer esta curiosidad, bajo el aspecto literario, traducimos el presente trabajo de Víctor Serge (muy conocido en los medios obreros españoles), prefiriendo a estudios de segunda mano, versiones de versiones, estas páginas de un militante, fiel expresión de un pensamiento, que el lector acogerá con libertad de espíritu.

### El renacimiento literario de 1922.

Termina la guerra civil en 1921 con el advenimiento de la *Nep* (2). La audacia de Lenin hace fracasar el Thermidor campesino que presagiaban las sublevaciones de Cronstad, de Tambov, del Volga. 1921 es el año del hambre. Wrangel se sostiene aún en Crimea, pero la paz se siente ya a fines del año. 1921 es el año del renacimiento literario. «Nunca, dirá un día Máximo Gorki; hemos tenido tantos escritores jóvenes y tan llenos de promesas.» Ya he caracterizado en otros trabajos la nueva generación de escritores rusos. El cenáculo de los hermanos de *Serapion*, Boris Pilniak, Vsevolod Ivanov, A. Vakovlev, N. Nikitine, N. Tikhonov—afecto a la Rusia campesina—se afirmarán al mismo tiempo que otros jóvenes escritores

proletarios. En Junio de 1923 se publica en Moscú la revista *Na Postou* (*En el Puesto*) que entabla la lucha en pro de una literatura proletaria.

Mejor dicho, resurge con sorprendente vigor. Durante los heroicos años de 1918-1921, en lo más álgido de la guerra civil y de la intervención, los *proletcults* batallaron ardorosamente por una cultura proletaria: fundaron en todos los pueblos sus círculos, cubrieron de carteles los muros de las ciudades, produjeron poetas, estrenaron obras, elaboraron tesis, organizaron cursos y hasta fundaron un Comité Internacional que vivió lo que las rosas. El esfuerzo era prematuro, el designio grandioso y utópico. Se reconoció el fracaso. ¿Qué obra cultural era posible en aquella época en la que movilizados todos los miembros del Partido vivían de 200 gramos diarios de pan negro y tres arenques secos por semana? No obstante, la iniciativa de los *proletcults* tuvo su utilidad. Bueno es que en tales épocas los combatientes de la guerra social consagren parte de su pensamiento a los grandes designios culturales. Y entre los *proletcults* se formaron jóvenes poetas: Alexandrovsky, Kirillov, Vasili Kazine, Obradovitch.

Tal es la facultad creadora del pueblo ruso que al cabo de un año de paz, una literatura completamente nueva se reveló en las capitales, imponiendo de repente varios nombres. Literatura revolucionaria, ciertamente, pero equívoca, susceptible de inmediatas desviaciones; orientada hacia el misticismo unas veces, otras a un cierto neo-nacionalismo, más a menudo hacia el pensamiento burgués; ni proletaria, ni comunista. Esto causó sorpresa. Escritores comunistas, aún bajo la impresión de otras luchas apenas terminadas, declararon inmediatamente la guerra a las nuevas tendencias. La revista *Na Postou* fué su órgano de combate,

(1) Documentación: *En el Puesto*, revista de crítica literaria, Moscú.—*Octubre*, revista de la Asociación moscovita de Escritores proletarios.—*La Literatura y el Arte*, declaración de ocho escritores comunistas, *Pravda* (febrero de 1924).—*La Joven Guardia*, revista comunista, Moscú.—Trosky, *Literatura y Revolución*.—A. Vorovsky, *Sobre la Literatura* (tesis presentadas al Comité central del Partido Comunista Ruso).—*Arbeiter Literatur*, Viena.—N. Boukharine, *Nuestra política en materia de Arte*, *El Proyector*.—Demian Biedny, sobre la literatura proletaria, *Pravda* (enero de 1925).

(2) Nueva política económica.

#### «Na Postou».—La crítica comunista.

Apresurémonos a decir que fué una de las mejores y más características revistas rusas; presentada irreprochablemente, de lectura fácil y de ideología rigurosamente consecuente. Su pretensión fué *bolchevizar* la nueva literatura. La portada de los números 2-3 decía en gruesos caracteres lo que sigue:

Declaramos en literatura guerra implacable a las calumniosas deformaciones pequeño burguesas de la revolución; denunciaremos incansablemente las desviaciones literarias pequeño-burguesas en nuestro propio medio; fundaremos y defenderemos la literatura proletaria.

Pues este es el único medio de continuar la gloriosa tradición de nuestro partido.

En otra declaración, precisa que la revista «tiene por objeto la crítica marxista revolucionaria de la literatura contemporánea» y «la lucha sin merced contra las tendencias y los grupos literarios que, abiertamente o bajo apariencias revolucionarias, se inspiran en ideas reaccionarias.»

Esto era plantear el problema con claridad laudable y útil brutalidad. Es preciso de vez en cuando arrojar los trastos a la cabeza, sobre todo los de la vivaz hipocresía burguesa. La vieja mentira del arte por el arte (cuando no hay verdadera cultura intelectual más que para las clases poseedoras); la vieja ideología del pensamiento y del arte extraños a la política, siendo lo cierto que nadie puede evadirse de su clase social, y que todo nuestro bagaje de ideas y de palabras es el de una sociedad cuyas leyes dominantes son la producción de mercancías y el salariado; la desusada concepción democrática del intelectual planeando—con alas de papel impreso—por encima de la lucha de clases. Todo esto, que aún puede durar mucho tiempo con la decadencia europea, no debe engañar a nadie sobre el suelo cultivado por la revolución.

La característica de los escritores rusos consistió en no pronunciarse al día siguiente de la revolución. «Si—escribí hace dos años—Rusia evoluciona hacia una democracia burguesa, en diez años serán unos perfectos *intelectuales*. Si Rusia va hacia el socialismo, serán escritores comunistas. En todo caso, los llevará la corriente.» Y el comunista Zorine me decía: «Tenéis razón, sólo que en el primer caso no necesitarán diez años, les bastarán diez semanas...» La equívoca ideología de Pilniak (el más representativo) necesitaba una respuesta. Los escritores comunistas la dieron y fué una verdadera batalla literaria, conexas con la lucha

de clases que actualmente se desarrolla en Rusia.

*Na Postou* fué sobre todo una revista de crítica, de demolición, de combate. A nadie se perdonó. Sosnovsky definió a Gorki, por su perpetua amargura y su defensa obstinada de los viejos intelectuales «el ex-halcón convertido en erizo». Se condenó—en buena justicia—«la contra revolución poética» del poeta Maximiliano Volochine. Se trató a Pilniak, Ehrembourg y Hikitine de calumniadores de la revolución. Se dieron buenos palos a Mayakovsky por sus pretensiones de futurismo proletario; a Alejandra Kollontai por sus novelas sobre el amor libre; a Lounatcharski por su teatro; a los directores de la Librería del Estado, por sus ediciones mal hechas. Se publicó una pequeña antología del «vapuleo entre bolcheviques» de lectura regocijante.

Algunos estudios críticos de esta revista me parecen modelos en su género: así el análisis marxista (desde el punto de vista de clase) de la poesía amorosa de Anna Akhmatova por G. Lelevitch. Es muy notable también el vigoroso estudio de Lebedinsky sobre la *Personalidad del Escritor*.

Este movimiento tuvo todos los defectos de sus cualidades. Dió lugar a una exageración evidente de reivindicaciones sanas y legítimas; la crítica pamfletaria fué algunas veces torpe; el debate se empequeñeció. Se publicaron artículos de un esquematismo desolador (J. Lebedinsky: *De los asuntos que esperan autor*). La polémica contra el director de la *Krasnaya Nov*, A. Vorovsky, viejo escritor comunista que había contribuído mucho al renacimiento literario de 1922, se envenenó tanto como si fuera una polémica política. La *Asociación moscovita de escritores proletarios* se solidarizó con *Na Postou*, exigió que el Partido interviniera e instituyó una especie de «proteccionismo literario». En sus tesis se preció de declarar:

«Un programa artístico, ideológico y formal, que deberá servir de base al desarrollo ulterior de la literatura proletaria.»

La Asociación situó «la literatura proletaria en los antipodas de la literatura burguesa» y la definió como «la concepción marxista revolucionaria del mundo». *Na Postou* exigió del Partido «la dirección racional y táctica del arte».

#### Otras opiniones comunistas (N. Boukharine, A. Vorovsky)

Hemos llegado al corazón del debate. Las respuestas más sensatas a esta tendencia nos parecen haber sido formuladas por N. Boukharine, no sospechoso de aprobar, aunque no fuera más que en literatura, el *laisser-faire* del liberalismo de antaño. «Debemos—dice Boukharine—tener una li-

teratura campesina». ¡Naturalmente! ¡En un país donde los rurales constituyen el 95% de la población!

«No olvidéis que el problema cultural difiere del problema militar en que no puede resolverse con la aplicación de la violencia mecánica.»

Es por medio de la crítica y de la concurrencia como la literatura proletaria debe imponerse a su rival; no con medidas restrictivas.

«Es preciso comprender, en fin, que nuestros escritores proletarios deben escribir obras y no tesis.»

Una obra persuadirá más que veinte plataformas. Así habla el buen sentido encarnado. Y aún!

«Renunciar a la libre concurrencia es el medio mejor de matar a la joven literatura proletaria.»

Los Pilniak y los Vsevolod Ivanov, salidos de la Rusia rural, intérpretes de sus vacilaciones y de su confuso pensamiento, no deben ser tratados «a palos»—al menos como método único—, sino que debe influenciárseles, conquistarles si es posible. Boukharine llama también la atención sobre el peligro de crear organizaciones de escritores sobre el modelo del Partido y del ejército. En el dominio de la creación artística, dice, son necesarias la libertad, la multiplicidad de grupos y tendencias, debiendo limitarse el Partido a dar normas muy amplias a los comunistas.

En las tesis sometidas al Comité central del Partido, A. Vorovsky comprobaba en la primavera de 1924, una crisis de la literatura rusa principalmente debida a la *nep*. El romanticismo de la revolución, ardiente dos años antes, ha disminuído. Con el comercio, volvió la bohemia. «Uno de nuestros más talentosos poetas es corrompido por la bohemia a nuestra vista», escribe Vorovsky, aludiendo a Serge Essenine. Los escritores nuevos llevan una vida dura. Los jóvenes escritores proletarios sufren ante el contraste de la *nep* con sus aspiraciones. Trabajan sumidos en profunda miseria material. El suicidio de uno de ellos—N. Kouznetzov—acentúa el sentido de muchos poemas... B. Kovynév, por ejemplo, nota simplemente:

Des ballerines dansent là-bas  
et l' on a de violettes plein le cœur!  
—Et moi je me fige devant une vitrine  
à serrer les poings, à serrer les poings...

A la literatura proletaria de las revistas (*Octubre*, *La Joven Guardia*) y de los grupos, Vorovsky dirige el reproche, que nos parece muy justo, de caer en la «imagería santa», «el optimismo oficial», el «cliché» burocrático...

## Escritores proletarios. «Octubre».

*Octubre* es la revista de la Asociación Moscovita de escritores proletarios. Así como en *Na Postou* la crítica de los escritores proletarios nos pareció fuerte, lograda, así nos parece aquí insuficiente su producción. Los poetas (Ivan Doronine, *En la Guerra*, Bezymensky, *La Guerra en etapas*. A. Gvosdev, *Fragmentos sobre la Guerra*) son buenos. Se observa en los asuntos que subsiste el romanticismo de la guerra civil. No saben limitarse, ser concisos, pulir; sus poemas, a veces muy largos, son difusos y desiguales; pero vivos, bien forjados, en ocasiones de levantado lirismo. Hemos notado ya que la poesía durante la revolución fué mucho más rica que la prosa. Aquí también las obras en prosa son flojas, muy flojas. A. Philippov en *Al trabajo* desarrolla un interminable film de fábrica: anota, con paciencia superflua, durante una semana entera las conversaciones y pequeños incidentes de los obreros en la fábrica; elimina casi todo lo que no encaja en el esquema preestablecido de las conversaciones al pie de la obra: los juramentos, las palabras sucias, las bromas estúpidas, las recriminaciones que se oyen durante el trabajo en un país tan atrasado como la Unión de los de los Soviets. En una palabra, un film tan aburrido como una estampa de Epinal. Llamamos la atención sobre él porque es típico.

Escritores realmente dotados, prisioneros de ideas preconcebidas, visiblemente obsesionados por las tesis y los esquemas, sólo consiguen fracasar. El autor de *El Chocolate*, novela dramática de la que algún día hablaremos, A. Tarassov-Rodionov, ensaya una gran composición sobre el año heroico, 1918: *Linev*. Su fracaso es completo.

Esto no es buena literatura proletaria porque no es buena literatura siquiera (a pesar de algunas buenas páginas). Lo mismo ocurre con J. Lebedinsky, que escribió en otro tiempo *La Semana*, una de las mejores obras, quizá la mejor, de la nueva literatura rusa. Su novela sobre la revolución alemana, *Mañana*, publicada en *La Joven Guardia*; vale tan poco, que el autor lo ha reconocido con sencillez. Los personajes de estas dos novelas son deplorablemente convencionales; parece que acaban de salir, muy peripuestos, de una discusión sobre la agitación y la propaganda. Hay en *Linev* un oficial francés, contrarevolucionario por estar profundamente imbuido de los principios de economía política de... Federico Bastiat. No será seguramente de contrarevolucionarios de lo que se carezca en Francia y en todos los medios, pero no es de presumir que Federico Bastiat ejerza una influencia decisiva sobre ellos... Es este un ejemplo patente del mal procedimiento abstracto de creación literaria. El escritor se ha basado en el siguiente razonamiento simplista: francés, radical,

clases medias, economía liberal, Bastiat, y el resultado fué un maniquí adornado con una etiqueta.

En sus tesis, la *Asociación de Escritores proletarios* condena con justa razón el culto exclusivo de la forma que practica la escuela literaria llamada «formalista» fundada en Leningrado por V. Chklovsky, el profesor Eichumbaum, etc.—los acrobatisms verbales de los futuristas—, la grandilocuencia del grupo proletario *La Forja (Koutnitza)* que ha soñado, no sin talento, con la revolución... cósmica; ella enseña al escritor «no a cultivar la forma del arte burgués, sino a dominarlas para crear formas nuevas» y a dedicarse a composiciones «monumentales» que traten sobre todo de la vida del proletariado... Sin duda que las ideas justas abundan en estas teorías, pero las teorías mejores necesitan una adaptación lúcida a las realidades concretas. ¿Es posible en la inmensa Rusia rural, donde las ciudades son islotes de civilización avanzada, que el escritor joven *salido del taller*, supere la maestría de los métodos del arte burgués? Quizá, en casos aislados, después de muchos años de lucha y con ayuda de la fortuna. ¿Se empieza un aprendizaje literario con grandes composiciones monumentales? En una palabra, nos parece muy peligroso subordinar así a las teorías puras el esfuerzo creador de jóvenes nacidos a la vida literaria.

### Realizaciones

Hay páginas en *Octubre*, no obstante, que esbozan grandes realizaciones. Hay que buscarlas y saber leerlas: se ocultan al final de los volúmenes, bajo los títulos modestos de la crónica. Leemos que el grupo *Octubre* piensa publicar una docena de volúmenes de versos (ni uno menos!); que el grupo de la *Primavera obrera* (50 obreros) se ha dedicado «en el último período a un trabajo intensivo». Citemos: «Se leyeron: 15 obras de teatro; 76 novelas cortas, 261 poemas, 20 conferencias, en 96 sesiones, en las que participaron 450 autores.» No os sonriais por este laconismo estadístico. Pensad que las dos terceras partes de estos obreros caminan sobre la nieve rusa con las botas agujereadas. ¡No van al café!. Trabajan, escriben, con el hermoso candor del niño que aspira a la madurez. El grupo *Vagránka* se ha formado en el barrio Rogojsko-Simonovski (Moscou) por 16 corresponsales obreros de periódicos. Un viejo escritor bolchevique, ciego, Perekati-Polé, tan pobre como las ratas—es un olvidado—les reúne en su cuarto, sin confort, y les aprende a ritmar el verso y la prosa. Como carecen de sillas, se sientan en el suelo. Claro que las obras de este pequeño cenáculo literario, al que se llega perfumado de grasa, de aceite de las máquinas y de polvos metálicos, son aún muy imperfectas ¿pero no creéis conmigo que el mero hecho de aparecer este cenáculo es un he-

cho capital?. ¿Y que promete a la cultura humana algo más que cualquier salón exquisitamente literario de París?. En Tsaritsine se ha formado otra asociación de escritores proletarios, todos inéditos: la componen un cerrajero, un tornero, un cocinero y varios peones. ¡A buen seguro que ni Pierre Hamp ni Gorki se burlarían de ella!. Es sabido que la prensa soviética alienta desde hace años la iniciativa de sus corresponsales obreros, campesinos, soldados, marinos, que son unos millares. En los campos retrógrados el obscurantismo les persigue y los mata. Sépase que hay una gran literatura de las juventudes comunistas rusas: poetas notables como Bezymensky, Doronine, A. Jarov; prosistas interesantes (Seyfoullina, Artem Vessiolý) críticos y militantes de indiscutible valor (Averbach).

En un número reciente de las *Nouvelles Littéraires*, M. Federico Lefevbre entrevistando al novelista inglés Swinnerton le pregunta si es posible que un escritor pobre puede conseguir que le publiquen algo en Londres. «Es casi imposible, dice el novelista, sobre todo, si a su pobreza añade la desgracia de ser provinciano...» En Moscou, Tsaritsine, Tver o Tachkent, un hombre pobre puede conseguir publicar. Un carpintero, un barquero, pueden escribir en el diario de la provincia o de la capital, seguros de que si lo escrito tiene mérito, serán alentados.

Esta obra de corresponsales obreros, de pequeños grupos, de las juventudes comunistas, esta obra del despertar de un pueblo entero, supongamos que continúa quince años. ¡Qué frutos no dará! ¿A el adelanto de los proletarios rusos sobre los de Occidente es evidente. Cuando una generación entera haya madurado en esta atmósfera de trabajo, con esta consciencia del deber de conquistar la cultura, con la posibilidad de dedicarse a ella prácticamente puesto que se ha vencido en la guerra de clases, tendremos una literatura proletaria que será algo poderosamente nuevo...

La generación de Lenin habrá puesto los cimientos. En el capítulo de las realizaciones literarias se imponen varios nombres que deben repetirse. Demian Biedny es el creador inagotable de una truculenta poesía popular. Es en la crítica de las costumbres, emprendida por los maestros del periodismo proletario tales como Sosnovsky y M. Koltsoy, donde se debe buscar la fisonomía viva de la Rusia de hoy, y no en los films de fábrica concebidos según un ideal oficial.

### El problema de una cultura proletaria

¿Estas perspectivas y estos comienzos justifican la esperanza de una cultura proletaria?

A esta cuestión, tantas veces debatida, Trotsky da en *Literatura y Revolución* una respuesta que nos parece, sin reservas, definitiva. La cultura

es la obra de los siglos. El proletariado cuya dictadura no puede ser en la historia más que un corto período transitorio lleno de luchas y trabajos, ¿tendrá tiempo a edificar su cultura propia?

*«La duda está permitida porque los años de revolución serán años en que la destrucción ocupará más sitio que la creación...»*

¿Y después de la victoria?

*«Cuanto más estable sea el nuevo régimen, mayores serán las posibilidades de una obra cultural creadora y más se disolverá el proletariado en la sociedad socialista, eliminando sus caracteres de clase, es decir, dejando de ser proletariado...»*

*«El proletariado toma el poder, precisamente para terminar definitivamente con la cultura de clase y abrir el camino a la cultura humana.»*

Tal es nuestra opinión. El desenvolvimiento de toda cultura intelectual supone una producción normal, una técnica elevada, bienestar, ocios, tiempo. En una sociedad, de la que se haya desterrado la explotación, ha de necesitar una organización superior del trabajo y una técnica muy perfeccionada, condiciones del bienestar y el ocio para todos. Por el contrario, la importancia del factor tiempo disminuirá. El esfuerzo colectivo y la intervención de las masas en las obras de la civilización prometen un impulso superior a todas las esperanzas... Pero la era revolucionaria, la era de transi-

ción del capitalismo al socialismo abierta dos veces, el 2 de Agosto de 1914 y el 7 de Noviembre de 1917, durará decenas de años, quizá medio siglo. De aquí a entonces las Repúblicas obreras no podrán ser más que campos cerrados, en cuya vida, las artes, ocuparán un lugar tan secundario como el que tienen en las sociedades capitalistas.

Trotsky estima peligrosos incluso los términos de «literatura proletaria» que nosotros creemos corresponden a una necesidad de la época de transición, satisfecha en apreciable medida por valores nuevos. Probablemente algunas generaciones de trabajadores ya no conocerán otros tiempos. Tendrán que luchar, destruir y sufrir: el mundo tiene que rehacerse. Pero como los ejércitos antiguos, ellas tendrán sus bardos, sus narradores, sus músicos y sus filósofos. Esto es tan cierto como que el proletariado necesita, para vencer, ser conducido por verdaderos jefes, pensadores y estrategas, que, a ejemplo de Marx y de Lenin, se hayan asimilado lo esencial de la cultura moderna: necesita *sus* grandes intelectuales, así como otros más modestos para las pequeñas y vitales tareas. Lo esencial es que unos y otros sean sus firmes servidores. La obra revolucionaria que así realicen tiene un valor cultural intrínseco. En este sentido históricamente restringido, habrá, existe ya, una cultura del proletariado militante.

VÍCTOR SERGE.

Traducido del francés por J. L. A.



## PROBLEMAS DE JUVENTUD

# CREACIÓN DE FOCOS CULTURALES COMO ÚNICO MEDIO DE SALVACIÓN

### CARDINALES DE NUESTRO ANTERIOR EDITORIAL

La polarización espiritual y científica de una nación, no se puede solemnizar ni medir por la vastedad y elevada altura que irradian los sabios, sino por el brote genérico y fina estructura de sus diversas capas sociales. «Una golondrina no hace verano», decía gráficamente Gonzalo de Reparaz desde «El Sol» (1) ramificando la esencia de este mismo tema.

Si quisiéramos valorar la cultura flotante de España retrotrayéndola y enlazándola, por vía comparativa, al coeficiente marcado por el novecientos, la diferencia lograda, resaltaría súbita, y, todas las esperanzas concentradas anhelosamente en el problema educacional primario, quedarían asentadas en un plano fundamentalmente halagüeño. El español de hoy, tiene un más amplio sentido de sí mismo y de los elementos vitales que le rodean, que el tipo racial del 98. Si entonces, gozara de idéntica cualidad perceptiva, hubiera sido absurdo pretender envolverle en la aventura antillana. Hoy le es dable merced al agudizamiento retiniano, calar los velados cendales que fraguan los conflictos de la política exterior y valuar sin error el radio potencial de cada Estado.

Pero sometida a riguroso examen esa cultura diferenciadora y controlada con la fronda de las mil cuestiones radioactivas suscitadas por la vibrátil coloración moderna, que imprime la época, su volumen es por demás discreto, y su articulación de efecto retardatario.

Los medios multitudinarios son reacios al salto intelectual. La curiosidad del español no pasa apenas de la lámina noticiaria y del cubileteo periodístico. No profundiza, ni de-

lira con grandes y simplificadoras proyecciones de espíritu. La voluntad, enferma aún, o no formada todavía para el desciframiento de la psiquis, se rinde torturada ante la apun-tación de cosas que exigen detenimiento y pulsativa elaboración.

Como remedio punzativo al mal idiosin-crásico, se clama por escuelas convirtien-do en profundo axioma la frase idearia de Joaquín Costa: «escuela y despensa», lanza-da oportunamente por aquel inolvidable pa-tricio como magnífico postulado para un go-bierno tutelar. Mas he aquí, que ya va siendo hora de no afinar tanto la puntería sobre la panacea escolar.

¡Escuelas, más escuelas! se suele gritar. Vengan en buena cifra y hora que nadie ma-nifestará por ello erronía. Es ocioso discutir y enumerar el significado y utilísima trans-cendencia que reporta la creación de una es-cuela. Pero también es erróneo esperar que sólo de su seno surja bien cincelada el alma porvenirista. Aun dando por resuelto el asun-to escolar, no tendríamos alcanzado sino una liminar parte básica del gran problema que suspende al hombre.

Suponed al adulto en posesión del primer peldaño del orto cultural. ¿Quién le impele traspuesto el período escolástico a la escala-ción de mayor nivel y dónde modelará bien-hechoramente su espíritu y las tumultuosas pasiones de la etapa juvenil? De poco, o casi nada, sirven las escuelas, si una vez fuera de ellas el hombre queda desligado de todo com-promiso y ejercicio mental, si su vida no ha de ser enriquecida ni matizada con módulos y orquestaciones de altas calidades.

Lo que más urge determinar es el proble-ma de la juventud. El joven nos está dando un lamentable espectáculo. Es vago por au-

(1) Véase el folletón del 3 de Marzo.

tonomasia, e ideológicamente hablando, su contorno de vida un erial. La edad de los diez y seis a los veinticinco años, es un enorme vacío, una vastísima paramera donde se agostan y esterilizan todas las deliciosas energías y primordial cuidado que se puso en el educacional período de la infancia. El hervor de la sangre, embota sus sentidos y no quiere rodearse de otra cosa que de eferescencias vanas, frivolidades y muecas absurdas. Y precisamente, al salir de esa segunda etapa fácil y casquivana de la vida, es cuando, sin darse apenas cuenta, se halla hecho un hombre cargado de responsabilidades morales que la sociedad sin previo aviso vació en su torno. Entonces es cuando la reflexión sostiene el más duro combate interno y cuando por común regla, queda vencida por el orto pasional para siempre y su cuerpo de ilota compone un eslabón más de esa interminable cadena que forman las almas inconscientes y que un duro precepto social somete a trabajos de fuerza perenne y a un precario desenvolvimiento eterno.

El substratum del entonamiento nacional hay que procurar hallarlo dentro del alma del joven. Lo que no se logre del impulso generoso de la juventud mal hay que esperar que nos advenga del varón equilibrado. Roma se salvó varias veces por medio de la ofrenda augusta de sus cachorros jóvenes. Ardor, generosidad y juventud, se substancian y si por intuición divina se enfilan sa-

biamente, se convierten en hontanares generadores de bella ideología y destreza ejemplificante. Nada más óptimo que el espectáculo de una juventud orientada por las ideas y agregada como ejército salvador a la gran obra de redención social e interesada en la purificación amplia y eliminación de las pasiones contorsivas del hombre.

Ahora más que nunca se echa de menos la intervención joven en la esfera de las ideas. Su deserción de la empresa ideológica y atonía espiritual merece un apocalíptico treno y es el más cabal de los argumentos que testimonian las presentes líneas. De la pluma de Répide ha salido una magnífica crónica llena de ironía y de sarcasmo plástico sobre el hundimiento de la aportación joven y sobre el desplazamiento de sus energías hacia el orden sensualista y lado medroso de la vida.

Como cardinal remedio contra el desmán e hiperestesia de la juventud por lo vano, se ofrece la creación de hogares culturales: Ateneos, Bibliotecas y órganos disciplinarios y conductores de las mejores ideas. Próximo a la escuela de cada pueblo, debiera alzarse un templo de cultura para que no se malograra la savia recogida en la educación primaria. Sólo así es posible dar pasos hacia adelante bien en firme y creer ilusionados en la inmediata transformación del hombre y más, en una renovación honda y esplendente de la nación.



## LIBROS

«El misterio de su muerte»... (novelas) por María Enriqueta, «Colección Contemporánea».—Espasa Calpe (S. A.)—Madrid, 1926. :-: :-:

Con este libro, a la vez hondo y jugoso, transcendente y ameno, de docto pensamiento y galana expresión, que marca la culminación de facultades en quien lo ha escrito, viene a enriquecer su autora, la ilustre poetisa y novelista mexicana María Enriqueta, el acervo, más valioso cada día, de las Letras de América que España acoge como propias: como feliz cristalización de su fecunda siembra nutricia del valor y los ideales de otrora. María Enriqueta, cuyas son dotes excepcionales de cultura aprendida no sólo en los libros sino en la vida, dotes que no pueden por menos de admirar a quien las conoce, ha sido elogiada por la crítica de todos los países y por muchos de los prestigios de mayor proceridad en ella,

desde Rubén Darío y la Pardo Bazán, ayer, a Blanco Fombona, Díez Canedo, Figueiredo, García Caliz, Salaverría, Ugarte, Rodríguez Navas y tantos más hoy. Sorprende en esta artista—descendiente de espíritus de selección mexicanos, y compañera, esposa, de otra ilustre figura de allá: Don Carlos Pereyra, el profundo sociólogo e historiador, con quien vive desde hace nueve años en Madrid—sorprende, decimos, el modo cómo supera los más conocidos exponentes de la Literatura femenina americana, con ser de año en año más numerosos y selectos, en fuerza de la *feminidad* que alienta su producción, y que es precisamente lo que falta en la de casi todas aquellas poetisas.

En España comienza a ser bien conocida esta prócer figura del Parnaso Contemporáneo de nuestra habla, empero el voluntario apartamiento impuesto, como natural conse-

cuencia de su modestia, que rehuye toda exhibición, siempre vana en tiempos en que el elogio se prodiga a caño libre sin distingui ni medida. Pero la sanción extranjera repercute, atronadora. Su ciudad natal, Coatepec, que ya la nombró hija adoptiva y señaló con artística lápica la casa en que vino a la vida, está para cerrar una suscripción popular con destino a erigirla un monumento, que precisamente será esculpido en bronce por el gran Victorio Macho; el Gobierno Mexicano crea Bibliotecas Públicas con su nombre y hasta adopta alguno de sus libros como texto de lectura para las escuelas públicas, y en Francia acaba de ser elegida su novela *El Secreto* por un alto jurado literario, entre muchas obras notables, para encabezar la nueva colección de *Les Cahiers Feminins*.

Por todo esto, «Espasa-Calpe» ha abierto sus puertas, complacida y honrada, a esta insigne escritora cuya firma prestigia desde hoy su catálogo, en el que ya figuran otros nombre de célebres escritores americanos. Y de las obras que en la «Colección Contemporánea» irá ofreciendo María Enriqueta, es la primera ésta de *El misterio de su muerte*, bellísima colección de narraciones en las que palpita la intensa emoción, el quintaesenciado lirismo y el amor a las pequeñas causas y al oculto sentido de las cosas, tan personales en la autora, que la ponen por encima de escuelas y doctrinas, ya que «comprende todas las maneras y halla la belleza bajo todas las formas», como quería, para el verdadero poseedor del don del Arte, el divino Rubén.

Diez son las narraciones que comprende el volumen. ¿Quién se atrevería a marcar preferencia por alguna de ellas? Creemos que nadie; tal es la naturalidad y la perfección de la prosa, común a todas ellas, que fluye en gradación armoniosa, ajustada siempre a la emotividad característica del asunto, a las circunstancias y situaciones; tal es la acción de la fábula que al través de cada una se desarrolla, coronada con un desenlace del que brota siempre una tácita consecuencia o doctrina ética admirable, que algunas veces ya se intuye o se vislumbra a lo largo del curso narrativo, seguido, en fuerza de ameno, con interés cautivador y subyugante. Descripciones patéticas como *El ardid*, *El retrato* y *El misterio de su muerte*...—que da título al libro, empero no ser la primera en orden de colocación—, dulces y, a la vez, filosóficas, tales que *Resultados de una caricatura*, *El consejo del Buzo* y *Laura y su orgullo*; sombrías y desconcertantes, entre las que pueden incluirse *Cómo es mi vecino*, y, finalmente, de tendencia al humorismo de educación y de contraste, como *La historia de un ramo* y *La florista de los Jacintos*, todas, todas ellas su-

peran la intensidad de arte y de belleza que pudiera desear el más exigente.

ANGEL DOTOR

\* \* \*

«El Derecho Obrero en la Colonización española», por Carmelo Viñas Mey. Buenos Aires. Imprenta y Casa Editorial Conti.

El movimiento renovador en torno a la reivindicación histórica de España, es cada día más intenso. El cúmulo de leyendas, falsedades y calumnias que, por tan largo espacio de siglos, ha venido ensombreciendo y estorbando el claro y verdadero concepto de nuestra historia, va deshaciéndose a la luz de la crítica moderna, seria, científica e imparcial. Entre las manifestaciones de nuestra acción pretérita que, con más ahincada afición, viene siendo objeto de estudios y depuraciones, figura la relativa al descubrimiento, conquista y civilización de América.

El interés de esa formidable empresa, ejerce singular atractivo para el investigador, y a todas horas arrastra hacia sí, por la importancia y fascinación del asunto, las actividades entusiastas y laboriosas de nuevos eruditos. En Norte América y América del Sur, son ya numerosos los afiliados a esta escuela de depuración hispanista, cuyos frutos van cuajando en hermosas realidades para la definitiva y verdadera ejecutoria de España.

También, como es lógico, los españoles iniciamos hacia ahí, una fuerte corriente de preocupaciones y trabajos; siendo de justicia reconocer en esta labor, la influencia generadora que con su actividad personal desde la cátedra, la tribuna y el libro, ha ejercido y ejerce el ilustre profesor Altamira.

Como consecuencia de esta generosa atención, la bibliografía sobre cuestiones de nuestra historia colonial aumenta sin cesar, figurando en ella obras de reciente publicación y de gran importancia, a alguna de las cuales pensamos dedicar sencillas notas estimuladoras de su divulgación entre los lectores.

La que hoy nos ocupa es, a nuestro juicio, de verdadero relieve. En ella aporta Carmelo Viñas Mey, un estudio notable de algo hasta ahora desconocido y de gran interés por la mucha luz que proyecta sobre la oscura y debatida cuestión del trato dado por los españoles a los indígenas del Nuevo Mundo. Las falsedades y leyendas de crueldad, persecución y exterminio de los indios, vulgarizadas y mantenidas a la sombra de prestigios como los de Montaigne, Montesquieu, Gervinus, Drapper, Lavisse, Seignobos, etc., y explotados oportunamente por los enciclopedistas y teorizantes de la revolución emancipadora americana, viénense abajo al menor soplo de



la realidad investigadora, como construcciones levantadas sobre la artificiosa base de la documentación amañada, del subjetivismo preopinante y malicioso, de los relatos ayunos de buena fe. Todo se deshace al contraste de pruebas irrefutables acumuladas, un día y otro, por la verdad informante de la honrada y moderna historia. Mucho contribuyó también, a dar visos de certeza a la leyenda de inhumanidad, las protestas que en la misma España surgieron, contra casos excepcionales de algunos atropellos, inevitables, por otra parte, en labor de hombres pero, ciertamente exagerados por el celo de corazones, patológicamente sensibles, como el del P. Las Casas.

De este célebre varón, dice Mario André, que lo menos que puede afirmarse de él, salvando su buena fe y excelentes dotes evangélicas, es que fué un iluminado peligroso que comprometió la obra de la civilización de España en aquellas tierras. En último caso, puede asegurarse como lo sostenía hace algunas semanas la ilustre escritora inglesa, Douglas-Irvine, en una conferencia pronunciada en Londres y publicada íntegramente por el semanario «The Tablet» lo siguiente: «La leyenda de la crueldad de España para con los indios es de origen español, pues ninguna de las víctimas habría podido escribirla; ello implica un ideal de justicia ofendida por la crueldad que fué excepcional y repulsiva a la generalidad de los contemporáneos».

La realidad, dichosamente, fué muy otra de la pintada por la pasión de una política pseudohistórica filosófica. Las medidas adoptadas para garantizar la observancia de las prescripciones tutelares del gobierno de la metrópoli sobre los indios, arrancaban al agente revolucionario francés, Bourgoing, estas palabras: «No me creo obligado, para defender las conquistas de la Revolución, a calumniar al más noble, al más humano de los gobiernos extranjeros». Sobre el terreno mismo, en observación imparcial y exacta de los hechos, otro viajero y tratadista francés, E. Depous, escribía: «En las leyes que forman el Código de las posesiones españolas, se advierte una gran previsión, una profunda sabiduría... se las puede considerar como la obra maestra de la legislación de las colonias modernas».

Alejandro Humboldt, observador imparcial, severo más que benigno, apuntaba en su magistral «Ensayo político sobre el reino de la Nueva España»: «En ninguna parte goza el pueblo bajo del fruto de sus fatigas como en las minas de Méjico. No hay ley ninguna que fuerce al indio a escoger este género de trabajo o a preferir tal explotación a otra». En otro lugar de la misma obra, elogia las medidas procuradas por el gobierno, «tan prudentes como enérgicas con lo que se ha convertido

en el bienhechor de los indios». Tomás Gaje, citado por el profesor americano Gailord, afirma que la condición de los indígenas, era superior en bienestar y libertad a la de los campesinos de Europa en aquel entonces, y así, cien testimonios más nacidos de la contemplación y comprobación objetiva, aseguran, juntamente con el milagro de un continente civilizado en menos de tres siglos, que las sabias ordenanzas y el gran espíritu de las *Leyes de Indias* encarnaron en la realidad, aplicándose a virtud de su mérito íntimo, tan humano como bondadoso.

Las investigaciones de Carmelo Viñas, robóranlo con grandeza que admira. En punto tan delicado y expuesto a extravíos, opresiones, atropellos y explotación de sagrados intereses, como es el del trabajo, el legislador español extremó sus cuidados y provisiones, dando a luz una hermosísima legislación social que no desmerece, ya que no compita, de las modernas conquistas del Derecho Obrero.

Todos, absolutamente todos, los factores integrantes de esta nueva disciplina jurídica (la fijación de la jornada, la regulación del salario, la reglamentación de las condiciones de trabajo, la determinación de derechos y deberes de obreros y patronos, el ejercicio de la policía e inspección obrera que asegure el cumplimiento de lo legislado) hállanse admirablemente desenvueltos en la *Recopilación de las Leyes de Indias*. Examinando sus disposiciones, ha dicho Viñas, «parécenos hallarnos ante las leyes obreras de actualidad, con la sola diferencia de que hoy tales leyes han sido dictadas por demandas o exigencias del obrero y entonces surgieron por los anhelos humanitarios del legislador».

Explica el autor, con textos y hechos probatorios, la idea del equivocadamente conocido «servicio personal», tan traído y llevado por los vacuos declamadores del humanitarismo colonial. Demuestra que este servicio se hallaba fundado en la utilidad pública, de la propia comunidad índica, dirigido, principalmente, a cubrir necesidades y evitar el hambre que periódicamente, antes del descubrimiento, asolaba a los pueblos, tan reacios, por hábitos inveterados, a doblegarse al trabajo. Este era igualmente obligatorio para los españoles, mestizos, mulatos y zumbaigos, pero dentro de su obligatoriedad genérica, los a él sujetos, podrían realizarlo donde y con quien quisieran y en las buenas condiciones que a continuación se indican. Ordénase, en primer término, que los indios se contraten libremente para trabajar sin vejaciones ni molestias en las labores u obras que elijan, estando a su arbitrio concertarse por días o semanas o por el tiempo que bien les cuadre. Los jornales habrán de ser en dinero y no en especie, precedente notable de las modernas leyes que prohíben el «Truck Sistem». Habrá de satisfa-

cerse los sábados, introduciéndose con esta práctica el pago semanal, cuyas ventajas, para el proletariado, ha demostrado la actual economía obrera. La cuantía del salario, se deja a la libre determinación de los indios, mas si las exigencias no fueran moderadas, de manera que lo exagerado de ellas comprometa el porvenir económico de la explotación, deben tasarlo los justicias ateniéndose a condiciones de calidad del trabajo, ocupación, tiempo, molestias o comodidad de la tierra, etc., a fin de que la entidad del mismo sea lo más justa o equitativa posible. Mándase a las autoridades velar porque las labores no excedan de lo que permita la complexión y el temperamento de cada operario. Regúlase el contrato de trabajo a favor del indígena, siguiendo la misma inspiración que dictaba a Lacordaire el pensamiento siguiente: «Cuando se encuentran frente a frente el fuerte y el débil, la ley es la que liberta, la libertad es la que esclaviza». Por esto el intervencionismo de las *Leyes de Indias* es tan minucioso en su afán de favorecer al débil, al indio. Hija de este espíritu, era la disposición que mandaba que si el obrero en «mita» cae enfermo, puede marchar a su casa y el dueño le pagará y no podrá, cuando aquél sane, obligarle a cumplir el contrato. Imponen a los dueños de establecimientos mineros, chacras, etc., la obligación de tener médicos y maestros que cuiden y enseñen a los trabajadores indígenas. Hállase establecida la jornada de ocho horas, aspiración suprema entre los obreros de nuestros días, que sólo hasta hace poco ha llegado a ser general realidad legislativa como síntesis del progreso moderno, y que España implantó en pleno siglo XVI para sus súbditos ultramarinos. Era obligatorio el descanso dominical. Se establece admirable policía de subsistencias para evitar el encarecimiento y procurar la baratura de artículos de primera necesidad. Se prohíbe cargar a los indios con peso de cualesquiera especie. De tal suerte que, con el arraigo de los españoles en América, desaparece la desgraciada clase de indios de carga, los *tamemes*, sacrificados por los caciques.

En fin, imposible seguir citando medidas que el autor de este precioso trabajo describe y explica, sin abusar más de lo hecho y hacer interminable esta nota. Únicamente diremos, que el cumplimiento de sus prescripciones en la práctica, se hallaba asegurado con gran número de garantías sabiamente articuladas al efecto, entre las que merece digna mención, por la eficacia y sabor moderno, la inspección e intervención que en los distintos obrajes y labores, se daba a los mismos trabajadores para asegurar su feliz cumplimiento. A parte y paralela a esta fiscalización, estaba la gubernativa y judicial ejercida por autoridades de esos órdenes, que debían visitar personalmente y una por una, todos los años, las minas,

chacras, lugares y establecimientos en que trabajaran indios, «y siempre a presencia de estos, para que les manifestaran las quejas que tuviesen y les expusieran lo que hoy llamaríamos sus reivindicaciones».

Quien desee estudiar al detalle tan interesantes medidas, y, en general, cuanto se relaciona con las preocupaciones de la moderna «Política social», vista a través de nuestras *Leyes de Indias*, puede consultar, con excelente fruto, la magistral obra de Carmelo Viñas Mey, en la que el autor, con claridad y galanura, expone el resultado de sus investigaciones iniciadas años ha, desde las mismas clases de estudiante universitario (1), y continuadas luego con laboriosa e inteligente constancia hasta dar cima a este libro, editado el pasado año, en Buenos Aires, donde, según noticias, alcanzó notable éxito. La nueva no puede resultar más grata a oídos españoles porque el trabajo de Viñas, con tener un valor positivo de indicación de métodos e iniciativas, que aún hoy pueden aportar orientaciones y sugerencias en el estadio sociológico, tiene, para nosotros, el mérito excepcional de constituir una acabada pieza del moderno aparato bibliográfico, que los sabios de todos los países van elaborando para restablecer la verdad sobre la Historia de España.

PAULINO VIGÓN.

\* \* \*

«La raza cósmica» por José Vasconcelos.-Editorial Mundial.—1925 :-: :-: :-: :-: :-:

A la enhiesta personalidad de José Vasconcelos, se le ha puesto en España un repujado marco de simpatía. El primer elemento hispano que hizo suya con arreboles de amor filial la figura del gran caudillo mexicano tan pronto como su planta se posó en tierra ibérica, fué la grey estudiantil. Su arribo tuvo felicísimos acordes quemándose en su honor las más exquisitas mirras, las más auténticas y azuladas bengalas.

La labor política y pedagógica desarrollada por este ilustre personaje ultramarino durante la permanencia en el Gobierno de su país, había transcendido entre nosotros como vivo y sano ejemplo de tutela, como fundamental obra de Estado cuya visión apostólica de ensalzamiento patrio, convierte en eje capital de todas las cuestiones de la vida, el problema de la enseñanza pública.

(1) A esta época, corresponde el estudio titulado «La política criminal y la social en las Leyes de Indias». Y algo más tarde, en 1921, «La Legislación Social en la Recopilación de Indias» publicado en la «Rev. de Arch. Bibl. y Museos». Ampliación del primer estudio, es el que tituló «La protección a la Infancia abandonada en las Leyes de Indias» presentado a la Sección de Ciencias Históricas del Congreso celebrado por la Asociación española para el Progreso de las Ciencias, en Bilbao.

Pocas figuras de relieve americano resuenan con tan unánime y sincero clamor dentro de los medios peninsulares, como ésta de Vasconcelos, de contorno didáctico, que amalgama en sus concavidades la flor roja del sentimiento popular, la acerada arista del político creador que no se mella ante las concupiscencias y bajas formas de los embaucadores y tiranos de pueblos, y el privilegio de una pluma genitora de belleza, experimentada y maestra en la divulgación de ricas ideas y antiquísimas huellas y credos de humanidades.

Mas no alteremos la línea cardinal ofuscándonos en formalista diseño vasconcelista para el que falta, en primer término, destreza y también margen biográfico. Apuntemos solamente la aparición del libro «La raza cósmica», dando en tono menor, sin parcelarias arborescencias, las polifonías genéricas que lleva adscriptas en los nervios y membranas de su macizo paginal.

Dijérase que el enunciado de «Raza cósmica» abroquela un maremagnum de vagas elucubraciones, de cosas enigmáticas y espejismos astrales. Pero nada más lejos de la verdad. Este libro está construido y decorado por unas perspectivas y sendas suramericanas. Son unas notas de viaje realizado por su autor en calidad de embajador oficial y al frente de la caravana que Méjico designa a ciertos actos de pompa brasilera.

Pero el retorno a la patria no se hace sin antes recorrer la tierra uruguaya, la pampa argentina y remontar los Andes chilenos.

De aquí emerge Río Janeiro en haz fosforescente cual peregrina ciudad de ensueño cuajada de amatistas, dulce y lánguida como una brisa tropical, y el estrépito del mundo no Buenos Aires en cuyos alvéolos se funden las más discordes razas de la tierra y se incubaba la civilización futura, brillante y fastuosa, de raza proteica, pero sin nervio domeñante, sin fusta imperialista porque nace con las taras infecciosas del peculado y de la carne, con todas las barraganerías que asolaron al antiguo Oriente.

José Vasconcelos nos transmite a través de cálido y firme acento y de pasional virtud, la integral visión de los lares trasoceánicos, con su peculiarismo algo difuminado ya por el efecto corrosivo de la pátina moderna. Nos va dando la sensación rítmica de todos los movimientos de las horas ausentes y tal parece siguiendo las marcaciones polifacéticas de «La raza cósmica», que figuramos agregados a la comitiva y concurrimos personalmente al cumplimiento de las embajadas, que penetramos en las aulas docentes y examinamos todas las innovaciones y el material de estudio gustando al mismo tiempo de las excursiones campestres, de las funciones de gala, de los banquetes, de las oraciones de cortesía,

de las presentaciones y galanteos periodísticos y que nuestro cuerpo desfallece como el de los preclaros huéspedes rendido a todos los vaivenes, emociones y somnolencias.

Así y todo, no sería sólo esto valor suficiente para proclamarnos devotos encendidos del volumen sino trajera a modo de áureo pórtico, la idea que da ocasión al brujo encabezamiento, lo que es antifona radiante del gran torrente que inunda el vasto continente de la obra y que sirve también de rezo introital a otro anterior perjeño: a los «Estudios indostánicos».

Para el numen de Vasconcelos es un caso incontrovertible de que el mundo gesta un nuevo tipo de humanidad bajo el amplio y flameante cielo del trópico americano. A este tipo, mezcla extraña de todas las sangres, es al que denomina «raza cósmica» o «quinta raza». Hemos dicho «quinta raza» quedando por tanto, de modo transversal sustentado el predominio y anterior existencia de otras cuatro. Así lo muestra la sagacidad vasconcelistas al traer en abono de su tesis legendarios sucesos, y al hacerla radicar en infinidad de teorías científicas modernas y méritos del pasado exótico elevados por vía de civilización a variedades de sistemas filosóficos. La civilización de los atlantes no es mera ficción sino un hecho en trance de controlación que parece atestiguar el período exuberante de los rojos de cuyo misterioso imperio son débiles reflejos esos raros vestigios que llaman la atención del investigador cuando aparecen en determinados puntos de América. A los atlantes—seguimos el itinerario histórico del libro—sucedió el tipo egipcio, el índico y el griego. El tipo de raza blanca, europea, es procedencia del griego, habiéndose bifurcado en dos castas o civilizaciones que absorben la hegemonía del Universo: la estirpe latina y la raza sajona.

La potencial divisa que rige al mundo en esta época es de origen sajón, pero todo su andamiaje imperialista y fueros de dominio, marchan hacia una fatal desaparición, hacia un irremediable descalabro, entrando en funciones de poder, en ocupación de dictar normas la raza española, vinculada en Iberoamérica, o en esa «quinta raza» preconizada por Vasconcelos. Es indudable que ya apunta la aurora venturosa de la savia española derramada caudalosamente en esas tierras ultramarinas, de extintas leyendas, pero donde la virginidad y feracidad de la Naturaleza sigue brindando al hombre de todos los países hospitalidad franca y cautivante regalo.

Ya Joaquín Costa, aquel excelso rumiante y mago de la pasión, que nos abandonó, por estos días hace quince años, vertiera de su ingente cornucopia ideas semejantes en el memorable discurso «El porvenir de la raza

española», oración llena de pormenores y altos refrendos, pronunciada en el inaugural Congreso español de Geografía colonial y mercantil de 1883. De todas las nacionalidades acuden miles de pobladores al continente iberoamericano fundiéndose en el ígneo crisol de nuestra raza, españolizándose en el transcurso de medio siglo.

Y de esta tendencia, de esta saludable inclinación sin posible desviamiento, que tal parece obra del mismo Destino, es de la que José Vasconcelos ha hecho su apostola-

do sustentando en todo momento el desvinculamiento y hondo desafecto que siente por el elemento sajón. Su idea radica en proclamar la unión de Iberoamérica para que contribuya con su sangre fraternal y ardorosa a la formación acelerada de ese nuevo tipo universal a fin de ganar el mundo y restablecer el equilibrio por medios menos mecánicos, por normas menos especulativas.

EUGENIO DOMINGO

Imp. MINERVA antes «El Noroeste»  
 === Linares Rivas, 24. GIJÓN ===

## Un buen vino, RIOJA ROMERAL

== MADRID ==  
 PRECIADOS, 7

**Rudy Meyer**

== GIJÓN ==  
 Instituto, 20

### ORGANIZACIÓN MODERNA DE OFICINAS

FICHEROS "KARDEX".—Sistema de fichas visibles: lo más moderno, lo más práctico y al fin lo más económico; ELIMINA LOS LIBROS EN GENERAL, sean estos cosidos o de hojas cambiabiles.

ARCHIVADORES DE ACERO "SECURITY".—Ficheros de cuatro cajones desde pesetas 375.

CAJAS DE CAUDALES "LIPS".—Fabricación holandesa.

MÁQUINAS DE ESCRIBIR "L. C. SMITH BROS".

MÁQUINAS DE CALCULAR "MADAS" Y "MILLIONAR".

**Pidan presupuestos y catálogos gratis**

# VIVERT

## VINO NATURAL ESPUMADO

APERITIVO ♦ REFRESCANTE

-:DIGESTIVO:-

**Sergio Alvarez**

PROCURADOR de los TRIBUNALES

TRAVESÍA DE FERNANDO PIDAL (Frente a la Plaza Cubierta) MIERES

**Rafael Loredó**

PROCURADOR DE LOS TRIBUNALES

Covadonga, 16 G I J O N Teléfono 1192

**Jaime B. Vileisid**

DENTISTA

URIA, 32—Teléfono 10-49

OVIEDO

**Luis Miguel Bueres**

PROCURADOR DE LOS TRIBUNALES

Testamentarias :: expedientes posesorios y de dominio :: negocios mercantiles y, en general, representación en toda clase de asuntos civiles, gubernativos, administrativos y contencioso-administrativos

Campomanes, 18 OVIEDO Teléfono 9-11



*Cañac Campa Rey*

